

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

amor con sangre entra

burton hare



SS

SERVICIO SECRETO



BURTON HARE

AMOR CON SANGRE ENTRA

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1241
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.235 —El precio de un asesino.

En Colección PUNTO ROJO:

626 —Extraña manera de morir.

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando llamaron a la puerta, la muchacha acababa de salir del baño, y puede decirse que todo lo que llevaba puesto era el cabello.

Hizo un gesto de fastidio y dejó de frotarse con la toalla, tratando de recordar si tenía alguna cita para esa hora determinada. No pudo recordar nada semejante y arrojó la toalla a un lado.

La llamada a la puerta se repitió, ahora impaciente y perentoria.

Se fue a saltitos al dormitorio, dejando leves huellas húmedas en el suelo con sus pies desnudos. Atrapó un salto de cama azul celeste y se envolvió en él.

Alguien aporreó la puerta con los nudillos, como si quisiera echarla abajo.

La muchacha se miró al espejo. A través del salto de cama hubiera podido dibujarse sin dificultad un croquis de su hermoso cuerpo con todos los detalles.

Recibir a alguien con tan incendiario atuendo podía traer disgustos, así que sobre el salto de cama se puso una bata más consistente y se encaminó a la puerta del apartamento.

La abrió.

Pensó que había hecho bien en cubrirse honestamente, porque los dos individuos que la miraron con gesto adusto no tenían el menor aspecto de romanticismo.

—¿Qué diablos quieren a estas horas? —masculló la chica, afianzándose el cinturón de la bata.

—No es tan temprano, hermana —dijo el más bajito.

—Para mí sí.

—Queremos hablar con usted.

—Más tarde... quizá.

—Ahora.

La empujaron hacia atrás y se colaron en el vestíbulo. El pequeñito cerró la puerta sin apartar sus ojos de rata del hermoso rostro todavía húmedo.

—¿Es ella? —indagó el grandote.

—No... No se parece en nada a la dama de la foto, pero desde luego no tiene nada que envidiarle, digo yo... ¿Cómo te llamas?

Ella empezó a preocuparse.

—Oigan, pareja de payasos. O se largan o llamo a la policía.

—No te alborotes. Todo lo que queremos es saber dónde está Wanda Sullivan. Porque este es su piso... ¿O no?

—Están atrasados de noticias. Hace casi un mes que ya no es su piso. Ahora es mío.

—¡Qué cosas! —jadeó el grandote—. ¿Tú qué opinas, Abe?

—Quiere tomarnos el pelo. Mira, nena, no nos hagas perder tiempo y todo irá bien. Queremos encontrar a tu amiga.

—Les digo que Wanda se marchó. Yo tomé el piso cuando ella lo dejó... Pregunten al administrador si son tan duros de entendederas.

—Y de eso hace un mes, ¿eh?

Ella suspiró.

—Treinta días —dijo, fastidiada.

Sin previo aviso, Abe volteó la mano y la bofetada restalló como un latigazo.

La muchacha salió disparada hacia atrás, trastabillando. Sus bellos ojos echaron chispas cuando los clavó en el hombrecillo.

—¡Maldito gusano! —barbotó—. ¿Qué diablos se han creído...?

Dio un salto y descolgó el teléfono. Golpeó el soporte un par de veces. No llegó a marcar ningún número porque el grandote se le echó encima, le arrancó el aparato de la mano y rugió:

—¡Maldita gata! ¿Quieres que te hagamos daño de verdad?

La chica encontró el diván detrás de sus rodillas y se dejó caer en él, ahora completamente asustada.

—¡Están locos! —chilló—. ¡Completamente locos!

—Locos por encontrar a Wanda —dijo Abe—. Pero si tú no quieres ayudarnos voluntariamente no nos quedará más remedio que sacudirte un poco... solo para que entres en razón. ¡Chuck, maldita sea, cuelga ese maldito teléfono!

—Ni siquiera marcó el número...

Pero lo dejó en su sitio. No apartaba sus ojos de la muchacha y de repente exclamó:

—¡Fíjate, Abe, tiene el cabello húmedo! ¿Te das cuenta? Apuesto que estaba bañándose cuando hemos llamado...

—Claro, por eso tardó tanto en abrir.

—¿Sabes una cosa, pequeño? Me pregunto qué llevará debajo de esa cosa tan mona...

—Lo averiguaremos si no quiere ayudarnos.

—Voy a averiguarlo ahora —se entusiasmó el grandote Chuck.

Dio dos pasos hacia ella, que se acurrucó contra el extremo del diván.

El pequeño chilló:

—¡Quieto ahí, Chuck!

—La chica es un cromo, Abe.

—Déjala que hable. Si nos ayuda la dejarás en paz.

A regañadientes, el gigantón retrocedió, murmurando algo obsceno entre dientes.

—¿Qué decías, nena? —la apremió Abe.

—¡No sé nada de Wanda! Apenas si la conocí cuando hicimos el trato... estos muebles eran suyos y estuvimos discutiendo el precio. Esa fue toda la relación que yo tuve con esa mujer... ¿Por qué no me creen?

De nuevo, Abe la abofeteó, ahora repetidamente, haciendo que su cabeza oscilara con violencia de un lado a otro.

Un hilillo de sangre comenzó a escurrir de las comisuras de sus labios.

—Porque no somos tan idiotas —dijo, jadeando—. Sabemos que hace una semana Wanda aún estaba aquí. Por lo menos la vieron salir de este edificio. De modo que deja de andarte por las ramas y al grano. ¿Dónde está?

Ella les miró despavorida. Vio la mirada lasciva en los ojos del ansioso Chuck, y la fría indiferencia en el más pequeño.

Sin embargo, dominó su pánico y murmuró:

—No estuvo aquí... yo no la vi. Quizá vino a hablar con el administrador... Pregúntenle a él... ¡Pregúntenle a él!

Abe titubeó. Quizá la muchacha estuviera diciéndoles la verdad después de todo. Si era cierto que Wanda había dejado el apartamento, era lógico que tuviera algunos trámites legales que solucionar con el encargado del edificio.

Sin embargo, no estaba dispuesto a marcharse con las manos vacías.

—Preguntaremos al administrador —dijo, ceñudo—, pero antes quiero estar seguro de ti, preciosa. ¿Adónde se trasladó Wanda cuando dejó este apartamento? y no empieces con rodeos otra vez o ya sabes lo que te espera.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo dijo —murmuró—. ¿Qué diablos creen que fue nuestro trato? Ella pidió un precio por lo que dejaba aquí, regateé un poco, tomamos un par de copas mientras negociábamos y se fue, eso es todo.

Abe se encogió de hombros.

—Creo que dejaré a Chuck que se divierta un poco contigo...

El grandullón dio un respingo.

—Puedes dejarla en mis manos, Abe —dijo con entusiasmo, frotándose las manos—. Te aseguro que esta gata necesita a alguien como yo. Tú, observa y aprende.

Soltó una carcajada y saltó sobre la muchacha.

Ella tuvo el tiempo justo de esquivar la acometida, volando materialmente fuera del diván.

Chuck pareció rebotar, riéndose muy divertido. Abe sacó un cigarrillo y se dispuso a divertirse con el espectáculo.

Chuck siguió cautelosamente a la chica con ánimo de acorralarla en un ángulo de la estancia. Prometiéndoselas muy felices, olvidó cuanto le rodeaba centrando todos sus instintos en cazar aquella hermosa muchacha de ojos asustados y cuerpo que se adivinaba ágil y fuerte bajo la bata.

Ella rodeó una mesita, pegó de espaldas contra una repisa llena de libros y objetos de adorno y se detuvo.

El grandote barbotó:

—¡Párate ahí, paloma! Ya me cansé de jugar...

Ella, ante su sorpresa, no se movió, como obedeciéndole.

Eso le animó, confiándole. Fue recto hacia la chica y alargó sus manazas para apresarla en ellas.

Estaba tan entusiasmado que ni siquiera advirtió el gesto de la mano derecha de la joven. Solo oyó el grito de súbita alarma proferido por Abe. Luego, algo se estrelló y se hizo añicos en mitad de su frente, con un estampido como de pistoletazo.

La Venus de alabastro saltó en pedazos en medio de chorreones de sangre, mientras Chuck, aullando, cegado, retrocedía a saltos cubriéndose la destrozada cara con las manos.

La muchacha dejó caer la peana de la figura y el horror asomó a sus ojos al ver la sangre y oír los alaridos del gigante.

Abe había sacado una aplanada pistola y ahora parecía haber perdido las ganas de bromear.

—Te la has ganado, maldita zorra —masculló, levantando el arma.

En el mismo instante, alguien aporreó la puerta con energía.

Incluso Chuck dejó de lamentarse. Los tres se quedaron rígidos, escuchando.

Los golpes se repitieron, rudos. Casi tan rudos como la voz que gritó:

—¡Abran a la policía!

Abe se volvió como una serpiente.

—¡Polizontes! —musitó, asombrado—. ¿Cómo diablos...?

—¡Salgamos de aquí, Abe! —gimoteó el grandullón.

—¿Por dónde?

La voz al otro lado de la madera rugió:

—¡Abran o echaremos la puerta abajo! ¿Me oyen?

Chuck daba bandazos de un lado a otro, cegado por el golpe y la sangre.

Abe exclamó:

—¿Hay una salida de escape? ¡Responde, maldita gata!

—¡Sí, sí... a través de la cocina... allí!

—Debería pegarte un tiro...

Hubo un tremendo estrépito en la puerta y la madera crujió.

Abe se volvió en redondo y apenas sin apuntar disparó un tiro contra la madera.

Alguien, al otro lado, lanzó un grito y un cuerpo cayó con sordo impacto.

Los dos forajidos echaron a correr hacia la cocina, Abe empujando ante él al grandullón.

Apenas habían desaparecido cuando la muchacha saltó hacia la puerta y la abrió.

Un guardia de uniforme se precipitó al interior, con el revólver amartillado.

—¿Dónde están? —rugió.

Ella señaló la puerta de la cocina

El policía desapareció trotando.

En el pasillo había un grupo de curiosos, sosteniendo a otro policía de cuyo pecho manaba la sangre.

De pronto, allá atrás empezó a tronar un revólver y todo el mundo calló.

La muchacha corrió a la cocina. Estaba desierta, y al asomarse a la ventana oyó los pasos de alguien que saltaba los escalones de hierro, tres o cuatro pisos más abajo.

De nuevo, el revólver ladró en la oscuridad.

Cuando ella se volvió, el administrador había entrado en el piso y parecía casi tan asustado como la joven.

—¿Qué sucedió, señorita Byrd?

—Dos hombres... buscaban a Wanda...

—Tuvo usted mucha suerte al descolgar el teléfono —comentó el hombre—. La telefonista oyó las voces y dio la alarma llamando a la policía. Me alegro mucho de que llegaran a tiempo.

Sobre la oportunidad de su llegada, la muchacha no estaba muy segura. Ella pensaba que debieran haber llegado mucho antes...

CAPÍTULO II

Mac Gee dejó resbalar la mirada a lo largo y ancho de la despampanante anatomía de la rubia y silbó entre dientes.

El decorado que rodeaba a la soberbia secretaria era digno marco de tanta belleza. Las paredes estaban recubiertas de paneles de roble; los divanes de la sala de espera habrían podido servir como lechos de matrimonio, y en cada butaca cabían dos personas holgadamente.

La rubia le dejó unos segundos más en completa libertad de admirar su soberana belleza y luego dijo:

—¿Terminó, señor?

—Todavía no... Hay paisaje para rato.

—Cuando tenga tiempo le dejaré que lo pinte usted en un cuadro. Ahora, ¿tiene inconveniente en decirme qué es lo que desea?

—Si se lo dijera se ruborizaría. O quizá no, pensándolo bien. De todos modos, usted debe tener mi nombre escrito en su lista de oro. Me llamo Mac Gee.

Ella consultó una pequeña agenda. Cuando levantó la mirada sus ojos centelleaban.

—Treinta minutos de retraso —le amonestó—. El señor Sullivan estará muy disgustado.

—Jamás he podido con la puntualidad. ¿Quiere decirle que estoy aquí? Y de paso puede darme su número de teléfono... Quizá podamos cenar juntos una de estas noches.

—Lo dudo mucho...

Inclinándose sobre un intercomunicador, murmuró:

—El señor Mac Gee acaba de llegar...

Una voz metálica rezongó a través del aparato:

—¡Ya era hora! Dígale que entre.

Ella señaló una puerta de oscura caoba.

—Por allí, señor.

Él no se movió. Solo indagó:

—Oiga, entre sus atribuciones, ¿no entra la de acompañar a los visitantes?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque me gustaría mucho verla andar... moverse sobre esas magníficas piernas que tiene.

—Todos hemos soñado imposibles algunas veces... Me permito recordarle que el señor Sullivan está esperándole.

—Qué lástima...

Empujó aquella puerta y se coló dentro de un despacho que le dejó sin aliento.

Si el de la secretaria era un emporio de lujo, este rebosaba suntuosidad en sus menores detalles. Y había espacio para otros pormenores, puesto que sus proporciones eran sencillamente gigantescas.

El hombre que estaba sentado detrás de la inmensa mesa en forma de media luna le miró iracundo.

—Pensé que había olvidado su compromiso, Mac Gee —gruñó. Luego, echándose atrás, añadió—: ¿O su reloj atrasa?

—Tengo otros asuntos entre manos, señor Sullivan... los tiempos son difíciles, usted sabe, y uno necesita moverse.

—Mientras trabaje para mí trate de moverse en la dirección debida. Siéntese.

Lo hizo, casi desapareciendo en el fondo de un colosal butacón.

Buscó un cigarrillo y lo encendió con calma, esperando.

Sentía sobre sí la mirada aguda del buitre de las finanzas, pero eso no le impresionaba demasiado. Había sentido miradas peores, desde la de un «45» apuntando a su barriga, a la del fiscal del Estado amenazando con pulverizarle la licencia.

Al fin, fue Sullivan quien hubo de hablar.

—Empiezo a dudar de que sea usted el hombre que me conviene.

—Esa es la duda que tienen muchas mujeres —comentó el detective socarronamente—. ¿Por qué no vamos directos al grano? Usted necesita mis servicios y yo necesito su dinero para pagar los impuestos. Todo el asunto se reduce a esta cosa tan sencilla.

El millonario suspiró. Estaba desconcertado.

—Quiero que encuentre a mi mujer —soltó de sopetón.

Mac Gee dejó escapar un gruñido.

—Se equivocó —dijo—. Debió informarse mejor sobre mí, señor Sullivan. Le habrían dicho que yo no me ocupo de casos de divorcio y cosas así.

—¡Maldita sea! Usted trabaja por dinero. Yo tengo dinero. ¿Dónde está la dificultad? Por otra parte, no se trata de un simple caso de divorcio.

—¿De veras? Entiendo que su mujer se marchó, quizá para vivir una romántica aventura con alguien más joven que usted y...

—¡Cierre la boca!

—¿No fue así?

—Mi mujer y yo nos separamos amistosamente hace más de cinco años. Ahora necesito encontrarla para conseguir el divorcio.

—¿No se divorciaron entonces?

—Es evidente que no.

—Está bien, continúe. Es posible que me interese trabajar para usted.

El millonario se echó atrás, basculando su enorme sillón de cuero. Era un hombre alto, apuesto, de rostro aguileño y ojos implacables. La línea dura de su boca casaba bien con su agresivo mentón, de modo que todo ello configuraba unas facciones rebosantes de energía, pero al mismo tiempo muy poco agradables.

Tras un prolongado silencio, dijo:

—Seis años atrás yo era simplemente uno más de los incontables agentes de bolsa que pululan por despachos baratos en toda la ciudad. Wanda, mi esposa, se consideró defraudada porque la prosperidad tardaba en llegar y fue mostrándose cada vez más fría y distante. Yo... bueno, tuve algunos asuntillos con otras mujeres. No me preocupé mucho de disimularlo, así que ella se enteró, hizo la correspondiente escena y se largó, llevándose a los niños.

—¿Por qué no pidió el divorcio, con lo que hubiera obtenido la correspondiente pensión y todo lo demás?

—¿Pensión? Todo lo que habría conseguido habrían sido disgustos, gastos, y ningún dinero, porque yo no lo tenía. Y ella sabía muy bien que no podía exprimirme de ningún modo... Ni siquiera el coche estaba acabado de pagar...

—Pues ha prosperado usted mucho en cinco años, señor Sullivan.

—Tuve suerte.

—¿Dónde está la dificultad ahora?

—Quiero localizarla para divorciarnos, eso es todo. Estoy dispuesto a pagarle una cantidad razonable, pero eso será mejor que

lo concretemos una, vez encontrada.

—Entiendo.

—¿Está dispuesto a realizar el trabajo?

—Desde luego, siempre que se respeten mis tarifas.

—¡Al infierno con sus tarifas! Le pagaré cien dólares al día y cinco mil cuando la haya localizado. Tómelo o déjelo.

—La cosa puede prolongarse mucho tiempo... a menos que usted tenga una pista concreta desde la que partir.

—No tengo nada.

Mac Gee hizo una mueca.

—Difícil. Una mujer puede haber recorrido mucho camino en cinco años.

—No tanto, cargada con dos críos.

—Señor Sullivan, se me ocurre que no ha mostrado usted mucho interés hacia sus propios hijos.

—¿Eso es algo que deba preocuparle, Mac Gee?

—Me parece que no.

—Mejor será que concentre sus energías en el trabajo y olvide las cuestiones moralizantes. Cien al día, más cinco mil al traerme las señas actuales de Wanda y los chicos.

—Más gastos

—¿Qué?

—Añada a todo eso los gastos, señor Sullivan. Esta es una clase de trabajo en la que hay que trotar mucho, y la gasolina está cada vez más cara.

—Está bien, está bien, añadiré los gastos. ¿Algo más?

—Seguro. Datos, fotografías, incluso de los chiquillos. A propósito, ¿son niños o niñas?

—Chico y chica. Él tiene ahora ocho años, y la niña seis.

—¿Y en cinco años no los ha visto usted?

—No creo que mis cuestiones domésticas le importen a usted nada, Mac Gee.

—Ahí se equivoca. Si los hubiese visto, tendría una idea del lugar en que vivían. Eso ayudaría.

Sullivan sacudió la cabeza. Se sentía violento y furioso al tener que someterse a esa especie de inquisición, pero era algo que no podía evitar y rezongó:

—Los vi durante los veranos de los dos primeros años de nuestra

separación. Los pasaron conmigo. Entonces advertí que Wanda estaba predisponiéndoles contra mí y no me gustó. Por otra parte, en aquella época estaba trabajando como una bestia para levantar mi negocio... Bien, dejé de verlos y no tengo por qué negar que la cosa no me importó demasiado.

—¿Nunca sudo nada más de ellos ni de su esposa?

—No.

Mac Gee se levantó. Había algo en todo aquello que no le gustaba, algo que desentonaba.

Se acercó al inmenso ventanal y contempló la llameante panorámica de Los Ángeles extendido perezosamente bajo el sol. Sin volverse dijo:

—¿Cuál es la última dirección de Wanda Sullivan que usted conoció?

—Lo tiene todo en este sobre. Fotografías de aquella época, direcciones, el colegio en que ingresó Paul, el chico... Incluso el nombre de la institutriz que cuidó de la niña los primeros meses de la separación. Todo.

El detective se acercó a la mesa para tomar el sobre.

—¿Tenía su esposa medios propios de vida?

—Solo una pequeña renta, pero que no le permitiría vivir decentemente a nadie hoy en día.

—O sea, que debió ponerse a trabajar...

—Seguramente.

—¿Qué estudios tenía?

—Ninguno en concreto. Sabía escribir a máquina y poseía nociones de administración de oficinas comerciales, pero nada más. Desde su juventud, yo diría que centró su interés en prepararse cuidadosamente para cazar a un hombre rico, solo que se equivocó. Yo no era tan rico como ella esperaba...

—Entiendo. Una última pregunta, señor Sullivan.

—Hágala y póngase a trabajar. Estamos hablando demasiado.

—¿Por qué desea divorciarse ahora precisamente, después de todos estos años?

—¿Le importa eso por alguna razón concreta?

—Seguro.

El millonario contuvo su ira y masculló:

—Quiero volver a casarme con otra mujer.

—Es lo que había supuesto. Le llamaré cuando tenga algo que decirle.

Se dirigió a la puerta sin volver la cabeza atrás. No le gustaba su cliente, de eso no cabía ninguna duda.

Antes que saliera, Sullivan ladró:

—¡Espere un minuto, Mac Gee!

—¿Tiene algún otro dato que facilitarme?

—Se me ocurre que no me agrada su actitud hacia mí, Mac Gee.

—Tampoco usted me gusta mucho, señor Sullivan, pero va a pagar por mi trabajo y eso hace que tenga que soportarle. ¿Eso es todo?

—Creo que sí... Mi secretaria tiene instrucciones respecto a entregarle un cheque como anticipo, mediante recibo.

—Gracias.

Salíó y cerró la puerta con cuidado. En la sala de espera había tres hombres, sentados en los butacones, hojeando revistas y dirigiendo disimuladas miradas voraces a la rubia.

Antes que el detective llegara junto a esta, sonó el ronco timbrado del intercomunicador. Ella habló brevemente, le sonrió a uno de los que esperaban y runroneó:

—El señor Sullivan le recibirá ahora, señor Morton...

Mac Gee se inclinó hacia delante, con lo que su visión del gran escote de la muchacha ganó en profundidad.

—Dice el gran jefe blanco que tiene usted un cheque para mí.

—Es cierto, pero le aseguro que no lo guardo en el fondo del escote, señor Mac Gee.

—Lamentable. No habría tenido inconveniente en rescatarlo de ese abismo...

—Firme aquí... es el recibo, ¿sabe?

—¿Qué me dice de su número de teléfono? Esta noche podríamos...

—Olvídelo. Tengo las noches comprometidas hasta dentro de veinte años.

—¿Con el patrón acaso?

Los ojos de la rubia echaron chispas.

—Tiene usted la mente sucia, señor Mac Gee.

—En contraste, le aseguro que todo lo demás lo tengo limpio... excepto la conciencia.

Firmó el recibo y tomó un alargado cheque, cuyo importe le satisfizo por completo.

—¿Es su última palabra, primor? —murmuró, irguiéndose.

—Está interrumpiendo mi trabajo, señor.

—Imagino que eso es grave. Gracias de todos modos, linda.

Hizo un burlón saludo con la mano y se dirigió a la puerta ante la mirada indignada de los dos impecables visitantes que aguardaban turno.

Antes de cerrar la puerta a sus espaldas, sorprendió la brillante mirada de la rubia fija en él. Era una mirada muy curiosa, según la particular opinión del detective.

Habría que pensar en ella. No en la mirada. En la rubia.

CAPÍTULO III

El primer día lo pasó recorriendo todas las oficinas de colocación de la ciudad.

El segundo se concentró en los agentes artísticos.

No obtuvo nada.

El tercero se pasó un buen rato contemplando la fotografía de Wanda Sullivan, reflexionando y dudando del método a seguir. Quizá fuera preferible tratar de hallar la pista de los chicos mediante sus expedientes escolares.

De pronto, ante la soberbia imagen de aquella mujer, decidió que la cosa valía la pena de intentarse por otro conducto.

Empezó a recorrer todas las agencias de modelos.

A la séptima que visitó obtuvo el éxito.

—Desde luego, no era ese el nombre que dio —dijo el tipo con cara de hurón que contemplaba la fotografía—. Pero estoy seguro de que esa dama fue una de mis chicas.

—¿Cuándo?

—Hace mucho tiempo por supuesto. Pero yo jamás olvido una cara como esta...

—Bueno, trate de encontrar su ficha, o lo que sea que conserven ustedes de las mujeres que pasan por la agenda.

El hombrecillo le observó. Su mirada se volvió súbitamente codiciosa.

—¿Qué gano yo con mis esfuerzos, amigo? —le espetó.

Mac Gee había esperado algo semejante, así que encogiéndose de hombros rezongó:

—No es ningún asunto importante, así que los gastos son reducidos. Digamos cinco dólares para usted. No tiene más que levantar las posaderas de la silla y echar un vistazo al fichero. No es un trabajo duro.

El otro estuvo pensándolo por espacio de casi un minuto.

—Está bien —cedió al fin—. Pero no puedo asegurarle que encuentre nada, ¿comprende? Si hace demasiado tiempo que esa chica estuvo en mis listas, la documentación habrá sido retirada para dejar sitio libre.

El detective esperó, fumando cigarrillos y mirando el

cochambroso despacho del agente. Las paredes estaban materialmente tapizadas con grandes fotografías de mujeres en brevísimos trajes de baño, y alguna sin traje de baño ni de ninguna otra clase.

Cuando el pequeño agente regresó traía un dossier con tapas verdes.

Lo dejó encima de la mesa y dijo:

—Lo encontré. Pero no se llamaba Wanda, ya se lo dije.

Sobre la cubierta campeaba un rótulo afiligranado, escrito a mano:

«Perla Gay.»

El agente explicó:

—Se contrató como modelo de fotógrafos. Ya sabe... calendarios, fotografías para pequeña publicidad directa y cosas así, aunque ella aspiraba a entrar en la publicidad.

Mac Gee estaba tomando notas a medida que revisaba las fichas y contratos de trabajo.

Después gruñó:

—Según las fechas de todos estos papeles, hace más de dos años que ella no trabaja para usted. ¿Por qué, se despidió?

—Ni siquiera se tomó esa molestia. Simplemente, dejó de acudir a las convocatorias, y cuando le escribí reprochándole su proceder me devolvieron la carta.

—¿Le escribió usted a ese domicilio que consta en el dossier?

—Naturalmente.

—Lo cual quiere decir que se mudó... Esa chica va a darme un trabajo endiablado.

—¿Por qué?

Mac Gee le miró.

—¿Quiere decir, por qué la busco?

—Eso es.

—Saberlo le costará cinco dólares, amigo.

—¡Cuernos! Mi curiosidad no llega a tanto.

El detective tiró un billete sobre la mesa y se levantó.

—Gracias, de todos modos.

Y salió.

Llevó el coche por entre el denso tráfico sin dejar de darle vueltas en la cabeza a la desazonante impresión que le dominaba.

Había algo en este asunto que no era como debía. Un hombre como Sullivan, que con su propio esfuerzo se había encumbrado hasta la cima de las finanzas en solo cinco años de trabajo implacable, que de súbito demostraba un interés enorme por localizar a su antigua esposa para divorciarse de ella... Y en todo ese tiempo no se había preocupado ni siquiera de sus dos hijos...

De pronto se encontró preguntándose con quién estaría comprometido el financiero. ¿Tal vez con la rubia secretaria de colosal anatomía?

Sería interesante saberlo.

Hubo de dar algunas vueltas antes de localizar la dirección que buscaba. Cuando la encontró, vio que se trataba de un edificio con demasiados años encima, pero en el que habían sido realizados no pocos esfuerzos para remozarlo.

Entró y se encaró con la obesa matrona que leía una revista sentimental, balanceándose en una mecedora.

La mujer apenas levantó la mirada de la revista cuando preguntó:

—¿Qué puedo hacer por usted?

—No lo sé.

Eso le interesó. Cerró la revista, manteniendo un dedo entre las páginas, y esta vez miró al detective con atención, de arriba abajo, detallándolo.

—¿Es un chiste? —rezongó.

—No tengo sentido del humor, palabra.

—Yo sí. ¿Viene por el anuncio del apartamento?

—Gracias. Tengo uno estupendo. Independiente y sin empleado en la puerta, de modo que puedo llevar chicas sin que nadie meta la nariz.

—Aquí no podría usted hacerlo. Esta es una casa respetable.

—No me cabe duda. Supongo que solo viven aquí matrimonios cargados de críos, viejos jubilados y pensionistas que...

—Cierre el grifo, hermano. Usted busca a alguien determinado.

—Acertó a la primera.

—¿A quién?

—No sé con qué nombre estuvo inscrita aquí... Quizá Wanda Sullivan, o puede que Perla Gay. Joven, de una belleza despampanante. Y con dos hijos. Chico y chica.

—Perla Gay... Hace como tres o cuatro años. Tengo buena memoria. Pero se marchó y jamás he vuelto a saber de ella.

—¿No dejó unas señas entonces, para remitirle la correspondencia quizá?

—Nada de eso. Llegaron algunas cartas para ella, pero las devolví.

—Ya veo... Lamento que no haya podido usted ayudarme.

—Lo mismo dijeron los otros, pero una no puede hablar de lo que ignora.

Mac Gee aguzó los oídos.

—¿Quiere decir que ha habido otros individuos que han venido preguntando por ella?

—Claro... hace más de dos semanas.

—Usted habla en plural...

—Dos hombres. Eso hace que haya que hablar en plural.

El detective se echó el sombrero hacia la nuca.

—¿Cómo eran? —preguntó.

Los ojos vivaces de la mujer centellearon, rebosantes de humor.

—Una pareja para un circo —cacareó, riéndose—. Uno era una bola enorme. El otro era apenas un alfeñique, pero era este quien llevaba la voz cantante.

—¿Les dijo lo mismo que a mí?

—Exactamente.

—Bien, gracias por todo, señora.

Antes que llegara a la puerta, ella comentó:

—Por lo menos, ellos se quitaron el sombrero.

Un tanto preocupado, Mac Gee buscó una cabina pública y llamó al agente representante de modelos. Se dio a conocer y preguntó:

—¿Hubo alguien antes que yo interesándose por el paradero de esa mujer?

—Nadie.

—¿Seguro?

—¡Pues claro que estoy seguro! ¿Qué es lo que pasa?

—Nada que deba preocuparle.

Colgó y esta vez condujo el coche rumbo al estudio fotográfico que había contratado a Wanda por última vez, mientras ella pertenecía aún a la agencia.

Estaba establecido en una esquina y un enorme cartel anunciaba el arte de un tal Phil Morley. La fotografía a tamaño natural de una muchacha con un brevísimo bikini remataba la contundencia del anuncio.

Mac Gee entró, enfrentándose a una mujer de aspecto eficiente que trasteaba detrás de un mostrador.

—Deseo ver al señor Morley —pidió el detective.

—Está muy ocupado ahora... ¿De qué se trata, boda, reportaje privado...?

—Hablar solamente.

La mujer de rostro delgado frunció el ceño.

—¿Puede darme su nombre, señor?

—Rudy Mac Gee.

—Espere aquí.

Desapareció detrás de una cortina.

Tardó en volver, y cuando lo hizo la acompañaba un individuo alto y delgado, con una hermosa melena larga hasta los hombros, cejas depiladas y ojos de mirar lánguido.

—¿Deseaba usted hablar conmigo, señor Mac Gee? —runroneó.

—Seguro, si es usted Phil Morley.

—¿Va a llevarnos mucho tiempo lo que tiene que decirme?

—No lo creo...

—Entre de todos modos. Estaba a punto de terminar un trabajo y la pobre chica debe estar cansada...

Le siguió más allá de las cortinas. Recorrieron un corto pasillo y al fin penetraron en un deslumbrante estudio fotográfico.

Los focos estaban centrados sobre una dama que no tenía desperdicio. Estaba apoyada de espaldas contra una columna griega tronchada por la mitad, con el busto proyectado hacia delante y una pierna suavemente doblada, realzando la ampulosidad de sus rotundas caderas.

Sobre el cuerpo, cuya piel dorada por el sol y los maquillajes estaba a la vista por completo, llevaba lo que podría tomarse, forzando mucho la imaginación, como una corta túnica griega.

—Hable todo lo que quiera —dijo el fotógrafo, colocándose detrás de la complicada cámara—. Puedo trabajar igual.

Mac Gee separó la mirada de aquel monumento lleno de curvas y dijo:

—Usted tuvo una modelo hace algún tiempo... Una chica llamada Perla Gay.

—Sí.

—Necesito encontrarla.

—Cien dólares.

Rudy Mac Gee dio un respingo.

—¿Qué dijo?

—Dije cien dólares.

—¿A cambio de qué?

—De la dirección de Perla, por supuesto. El otro me pilló desprevenido y solo soltó cinco, pero yo aprendo aprisa. Ahora la cotización ha subido.

La muchacha dejó escapar una risita.

—Phil es un muchacho encantador, ¿no le parece?

—Adorable —rechinó el detective.

Desde el otro lado de la cámara, el fotógrafo susurró:

—Ciertamente, eso es lo que afirman mis amigos.

—¿Qué?

—Que soy adorable...

—Si le aplasto la nariz no lo será tanto.

—Si lo hiciera, lo que desea saber le costaría doscientos.

—Ya entiendo.

Sacó algunos billetes y contó cien dólares.

El fotógrafo distrajo su atención el tiempo justo de atraparlos y hacerlos desaparecer en un bolsillo.

La chica río.

—Termino en unos minutos, cariño, y no tengo compromiso para esta noche.

Mac Gee la miró con el ceño fruncido.

—¿Se dirige a mí o al adorable?

—A usted, claro. Phil jamás le pagaría la cena a una chica.

El fotógrafo ladró:

—¡Quieta ahora! Sigue mirando a ese «hombre» con esta expresión... es sencillamente obscena...

Disparó la cámara y se irguió.

Mac Gee gruñó:

—Me parece que la palabra «hombre» sonaba de un modo muy raro, Morley.

—Eso se debe a que es usted insultantemente masculino... Ofensivo, diría yo...

—Creo que de todos modos voy a sacudirle.

—Piense en sus cien dólares.

—No pienso en otra cosa. ¿Qué hay de Perla?

—Tiene un apartamento en el siete cero de North Road. Por lo menos, vivía allí hace un par de meses, cuando la vi por última vez.

—Ajá. ¿Le dio estas mismas señas al tipo que vino preguntando por ella y al que solo le sacó cinco dólares? O quizá fueron dos hombres, uno grande y otro pequeñajo...

—Fue uno. Alto, mucho más elegante que usted. Y con más educación también.

—Eso echa por tierra mis ilusiones.

—Lista, cariño.

Se volvió en redondo, para enfrentarse con la hermosa amazona.

Se sorprendió de que vestida se viera tan tentadora como semidesnuda.

—Nena, tengo mucho trabajo que hacer antes de la cena.

—No importa. Podemos conocernos mejor entretanto. No vas a librarte de mí con facilidad.

El fotógrafo rezongó:

—No olvides que tienes sesión mañana, Virgie. Y pórtate bien. Si ese salvaje deja huellas en tu piel la cámara lo descubrirá... y yo sé cómo son estas cosas.

Mac Gee le miró echando chispas.

—¿De veras lo sabe, querido?

Phil Morley se echó atrás instintivamente. El detective tomó a la muchacha del brazo y la llevó hacia el pasillo.

—Salgamos de aquí antes de que deje a nuestro adorable amigo para los perros...

El crepúsculo ponía tintes sucios a la neblina de la tarde cuando se encontraron en la acera.

—A veces, Phil me pone enferma —comentó Virgie.

—Le daría náuseas a cualquiera, con sus cejas depiladas, los labios pintados y sus aires de vampiresa.

—Pero es un excelente fotógrafo. Una tiene el trabajo asegurado con él.

—¿También Perla?

—No llegué a conocer a esa chica, pero le he oído a Phil hablar de ella alguna vez. Creo que tuvo suerte y capturó un caballo blanco.

—¿Es eso lo que esperas conseguir tú también, un «caballo blanco»...?

Ella rio, mientras Rudy abría la portezuela del coche.

—No me disgustaría —dijo, acomodándose en el amplio asiento—. Siempre, naturalmente, que fuera joven y agradable. No soporto a esos sebosos de manos como pulpos.

Mac Gee despegó el coche de la acera y condujo en la creciente oscuridad.

—¿Viste al otro individuo que estuvo preguntando por Wanda?

—Sí... era un cromo.

—¿Un qué?

—Vestía como un figurín, era casi tan alto como tú y se expresaba igual que si estuviera en un aula de la Universidad, pero creo que ya sabes lo que quiero decir.

—Perfectamente. ¿Era joven?

—Unos treinta y cinco, creo yo.

—Ese tipo no encaja en ninguna parte. Bien, veamos qué nos dicen en ese lugar donde la dama tiene su nido...

Aceleró, sin saber que esa nueva visita iba a traerle muchas más dificultades de las que imaginaba...

CAPÍTULO IV

El conserje lanzó un gruñido y dijo:

—¿Es que no pueden dejar en paz a esa muchacha?

Mac Gee enarcó las cejas.

—¿Qué pasa, es tan popular que la gente se mata por visitarla o qué?

—Sufrió un atentado hace un par de días. Por poco no la mataron... Y ahora aparecen ustedes indagando por el mismo motivo.

—Un momento... ¿Quiere decir que alguien atentó contra Wanda Sullivan?

—No me entendió. Wanda ya no vive aquí. El atentado se produjo contra la muchacha que ocupa ahora su apartamento... Pero el motivo fue Wanda, sin duda. Querían que ella les dijera dónde estaba.

—¿Pudieron capturar a los atacantes?

—No... Consiguieron huir, a pesar de que uno de los policías les mandó plomo suficiente para hundir un acorazado. Aunque uno de ellos iba herido...

—Así que eran varios...

—Dos. Uno corpulento y otro bajito. El grande fue el que se llevó un trastazo en la cara.

Mac Gee se estremeció.

Junto a él, Virgie escuchaba llena de curiosidad.

Tras unos instantes, el detective decidió:

—Creo que hablaré con esa joven. Solo formularle un par de preguntas. Todo esto es muy raro.

—No sé si debo...

El hombre miró a Virgie, dejando que sus ojos tropezaran casi con violencia con las curvas agresivas de la modelo. Esta le sonrió seductoramente.

Mac Gee insistió:

—No queremos causarle daño alguno, al contrario. ¿Cuál es el apartamento?

Tras una ligera vacilación y otra mirada voraz sobre la fulgurante anatomía de Virgie, el conserje claudicó.

—El treinta y seis B. Pero como ella formule la más ligera queja llamaré a la policía.

—No habrá quejas.

Subieron en un ascensor automático y ambos se detuvieron frente a la puerta indicada.

Virgie comentó:

—¿Sabes que tu trabajo está pareciéndome muy emocionante?

—Tonterías. Es pura rutina.

Llamó a la puerta y esperaron.

Nadie respondió a la llamada.

Mac Gee, impacientándose, golpeó de nuevo con los nudillos, mientras la muchacha oprimía el timbre.

La puerta siguió cerrada.

—No está en casa —dijo Virgie.

—Si hubiera salido, el conserje nos habría advertido...

—Entonces, no quiere recibir visitas.

—Nos recibirá.

Tras golpear otra vez, Mac Gee sacudió el tirador de la puerta.

Esta giró hacia dentro sin dificultad.

—¡Diablo! —masculló, asomando la cabeza.

—No pretenderás entrar sin permiso, Rudy...

El vio un pequeño vestíbulo, ordenado y bien decorado. Al fondo se abría un arco y más allá se atisbaban los muebles de un saloncito de colores alegres, a pesar de la mortecina luz del crepúsculo que debía entrar por una ventana.

—Voy a dar un vistazo. Tú espérame aquí y si se acerca alguien toca el timbre.

—Oye...

—Fuiste tú quien quiso meterse en líos, ¿recuerdas?

Sonriendo, se internó en el apartamento.

El saloncito estaba desierto y en los muebles, vistos de cerca, se apreciaba que alguien muy iracundo los había convertido en unos zorros.

Perplejo, Rudy se quedó inmóvil, paseando la mirada alrededor.

No había un tapizado sano. Todos habían sido cortados con un cuchillo muy afilado.

Los libros de los estantes estaban despanzurrados en el suelo, y los cajones de los muebles habían sido vaciados y sacados de sus

lugares correspondientes.

—Un buen trabajo —comentó entre dientes.

Desde la puerta le llegó la voz preocupada de Virgie.

—¿No hay nadie, Rudy?

—Espera un poco.

Se asomó por una puerta abierta. Correspondía a una cocina y también sus muebles habían sido bárbaramente revueltos, y el contenido de los pots arrojado al fregadero. Café, arroz, azúcar, cacao... Todo aparecía destrozado.

Preocupado, Mac Gee se echó atrás, preguntándose la razón de aquel vandálico registro.

Luego, abrió otra puerta y entró en un dormitorio. Había colgaduras de suave azul velando la ventana.

Todo lo demás era rojo.

Se detuvo como herido por un rayo. El rojo de la sangre lo empapaba todo. Muebles, alfombra, las ropas del lecho y el despedazado cadáver tendido sobre él.

El detective sintió que el estómago comenzaba alborotársele, golpeando en su garganta.

Pisando como un gato se aproximó a la cama. El cuerpo estaba desnudo, pero la costra de sangre era una túnica espesa que lo cubría... O por lo menos cubría allí donde el cuerpo aún era cuerpo y no piltrafa.

El horror de lo que estaba viendo le paralizó. La cara era solo una máscara espantosa, con una mordaza oprimiéndola de tal modo que se había incrustado en la carne.

Mechones de cabellos estaban esparcidos alrededor, y las manos, férreamente sujetas a la cabecera de la cama por correas, eran muñones informes y sangrientos, lo mismo que los pies, atados a los pies del lecho.

Mac Gee supo que si continuaba allí no podría contener las náuseas y retrocedió a trompicones.

Cuando llegó junto a Virgie, la muchacha retrocedió de un salto al ver su rostro desencajado y verdoso.

—¿Qué... qué te pasa, Rudy?

Él solo la miró. Una mirada vacía, como si no la viera, o viera través de ella una imagen de siniestra crueldad como no viera otra jamás.

—¡Rudy!

—Vamos abajo —barbotó él, tambaleándose.

—¿Qué... qué has visto ahí dentro?

—El infierno.

Cerró la puerta y la empujó hacia las escaleras.

El conserje se llevó un susto de muerte cuando le vio.

Y en verdad que el rostro del detective era una máscara cenicienta que expresaba todo el horror que es capaz de soportar un ser humano.

—Llame a la policía —masculló—. A Homicidios... Alguien ha matado a la chica.

—¿A Judy Byrd?

—Sí.

—¡Esos hijos de perra... al fin lo consiguieron!

El hombre se lanzó hacia el teléfono.

Mac Gee fue a sentarse a una de las butacas. La muchacha lo hizo a su lado, aterrorizada. Él le ofreció un cigarrillo y ambos encendieron en silencio. Después, el detective gruñó:

—¿Aún sigue pareciéndote emocionante mi profesión?

—Creo que es algo horrible, querido.

—Afortunadamente no viste lo que yo. ¡Maldito sea el infierno! Creo que no podré olvidarlo mientras viva.

Fumó nerviosamente hasta apurar el cigarrillo y después encendió otro con la misma colilla. Repetía la maniobra con el tercero cuando la policía llegó.

Y empezó el embrollo.

* * *

El teniente Campbell tenía una larga experiencia criminal. Había empezado trotando en las calles, en aburridas, incómodas y a veces arriesgadas patrullas nocturnas durante años. Sus ascensos se debían a su voluntad, tesón y vocación policíaca.

No obstante, la visión del cuerpo lacerado de la muchacha tendida en la cama le había descompuesto.

Ni siquiera pareció escuchar con demasiada atención a Mac Gee cuando este le hizo un relato de cómo la había descubierto.

Sin embargo, el detective privado sabía que no había perdido ni

una sola de sus palabras.

—¿Qué opinas? —le preguntó tras el silencio que siguió a su relato.

—¿A ti qué te parece? Tenemos un sádico loco suelto por las calles.

—¿De veras crees eso, Barry?

Campbell se frotó los ojos con fuerza.

—No lo creo —dijo—. Lo sé positivamente.

—Sin embargo, sabes que esa muchacha fue asaltada por dos hombres hace solo dos días. Y esos gorilas llevaban una idea concreta que no tiene nada que ver con el sadismo.

—Hemos investigado esta faceta del asunto. Esa pobre chica hizo una declaración completa, de modo que no ignoramos lo que aquellos bastardos pretendían, que era lo mismo que andas buscando tú y después hablaremos de eso. Pero este crimen es otro asunto.

—No estoy yo muy seguro...

Campbell suspiró resignadamente.

—Voy a decirte algo, y es estrictamente confidencial. Esta es la tercera muchacha que muere del mismo modo... Bárbaramente, en medio de una completa orgía de sangre.

Mac Gee dio un respingo.

—¿La tercera?

—Las otras dos están en el depósito. Han muerto durante la última semana.

—¿Cómo no ha trascendido el asunto, Barry?

—Pretendemos mantenerlo en secreto todo el tiempo posible para evitar el pánico entre la gente. Hasta ahora, los reporteros han colaborado, pero después de esto... bueno, supongo que la publicidad será inevitable.

—No quisiera estar en tu pellejo.

—Salgamos de aquí.

Abandonaren el apartamento, donde los fotógrafos y peritos de la policía realizaban su trabajo.

Fuera, en el pasillo, Virgie esperaba, junto con algunos curiosos y dos guardias que mantenían el orden.

Mac Gee tomó a la muchacha de la mano y la llevó con él hacia las escaleras. Mientras descendían preguntó:

—¿Qué hay de los dos tipos que la asaltaron el otro día?

—Sabemos perfectamente quiénes son. Ella misma les identificó en nuestros ficheros. Los estamos buscando. Y ahora, cuéntame qué lío es este de una mujer llamada Wanda que todo el mundo parece ansioso por encontrar.

—No sé para qué la buscan los demás, pero en mi caso se trata de un simple divorcio.

Campbell le observó de reojo, suspicaz.

—Estás seguro, por supuesto...

—Sí.

Se detuvieron en el vestíbulo. El policía encendió un cigarrillo y aspiró el humo hasta el fondo de los pulmones.

—Presumo que se va a armar buena cuando los periódicos lancen a la calle todo este asunto —masculló—. Hacía muchos años que no teníamos una cadena de crímenes sangrientos como estos.

—Dime una cosa, Barry... ¿quiénes eran los dos gorilas que la asaltaron hace un par de días?

—Dos hampones de a centavo la docena. Abe Daniels y Chuck Halley. Ratas de tabernas sin más sesos que un mosquito. Alguien debió pagarles para que la aterrorizaran para averiguar el paradero de esa otra mujer, Wanda Sullivan. Y, amigo, en el interés de esos dos por la dama no había nada parecido a un divorcio.

—Pero sí en mi caso. Todo lo que se espera de ella es que acepte las condiciones de la separación legal.

El teniente se encogió de hombros.

Un hombre apareció en las escaleras apresuradamente. También a este le conocía Mac Gee, aunque no existía con él la vieja camaradería que con el teniente.

El sargento Kormack parecía perplejo cuando tendió un sobre a su jefe.

—Eche un vistazo a eso, teniente. Le interesará.

Campbell lo abrió y no pudo contener un silbido de asombro.

Extrajo un grueso fajo de billetes y lo agitó en la mano.

—Una buena cosecha, sargento. ¿Lo ha contado?

—Seguro. Once mil dólares.

—¿Dónde estaban?

—Dentro del colchón de la cama donde murió la chica.

—Es asombroso... el único lugar que el asesino no despanzurró,

porque su víctima estaba encima.

—Quizá no fuera ese dinero lo que buscaba —aventuró Mac Gee.

—¿Qué otra cosa? No hemos encontrado nada más que pudiera interesarle a ese carnicero.

—Era solo una idea. Pero nadie me quitará de la cabeza de que ese crimen es más complicado de lo que pretendes, Barry. Un sádico mata empujado por alguna fuerza diabólica de su retorcido cerebro. No necesita otra motivación. Y el que mató a Judy Byrd buscaba algo más, para lo cual convirtió los muebles en tiras.

—Mira, Rudy, vete al depósito y echa un vistazo a las otras dos desgraciadas a las que ese engendro dedicó sus atenciones y luego habla. Es la misma técnica, el mismo salvajismo, idéntico ensañamiento... incluso en una de ellas se encontraron los dedos de las roanos esparcidos por todo el piso. Déjate de complicaciones. Ya tendremos suficientes cuando los reporteros decidan que han callado bastante.

—De acuerdo, es asunto tuyo, no mío.

Los dos policías se despidieron con un gesto y se dirigieron al ascensor.

Mac Gee buscó al conserje y dejando un billete de diez dólares sobre la mesa dijo:

—Habrà otro igual si me llama tan pronto aparezca alguien interesándose por cualquiera de las dos mujeres... Judy Gay o Wanda. ¿Conforme?

—¿Cree que vendrá alguien más, ahora que ella está muerta?

—Pudiera ser. Wanda Sullivan aún vive... supongo.

El hombre se estremeció.

—Conforme.

El detective le dio una de sus tarjetas profesionales, a la que añadió su teléfono privado, y tras esto llevó a Virgie rumbo a la calle.

—Por esta noche, al infierno con todo este asunto. ¿Sigues teniendo apetito?

—La verdad es que no mucho, pero necesito divertirme o no podré dormir en una semana.

—Nadie habló de dormir. ¿O ignoras todo lo que puede hacerse en una noche, aparte de dormir, nena?

Ella sonrió.

—No olvides lo que dijo Phil.

—¿El adorable? —rezongó Mac Gee—. ¿Qué dijo?

—Era algo relativo a que no dejaras señales en mi piel...

Rudy abrió la portezuela del coche.

—¡Maldita sea! ¿Con quién crees que vas a hacer el amor, con un gato salvaje? Entra ahí y deja las inhibiciones de lado.

Cuando se instaló ante el volante ella preguntó:

—¿Sabes de algún lugar agradable a donde llevarme a estas horas?

—Corrientemente, diría que mi apartamento es el lugar más agradable que podemos encontrar.

—Corrientemente...

—Ahora necesitamos cierta preparación. No puede saltarse tan bruscamente del infierno al paraíso, digo yo...

Ella se acurrucó a él, apoyándole la cabeza en el hombro.

De modo que se fueron en busca de la ambientación necesaria.

CAPÍTULO V

Al abrir los ojos a la mañana siguiente, Mac Gee advirtió dos cosas simultáneamente.

Una: que disfrutaba de un dolor de cabeza de campeonato.

Dos: que en el apartamento flotaba un agradable aroma a café recién hecho.

Ladeó la mirada para ver la aplastada almohada, a su lado.

Se incorporó de un brinco, apretándose las sienes.

El dolor no cedió ni un ápice, pero entonces captó también el suave perfume que flotaba a su alrededor, como desprendiéndose de las revueltas sábanas.

Era un perfume que evocaba el paraíso en forma de amazona de piel dorada.

—¡Virgie! —gimió.

La muchacha apareció, fresca y radiante, procedente de la diminuta cocina.

—Dormías tan profundamente que no quise despertarte, cariño.

—¿Qué diablo me diste anoche?

Ella rio.

—¡No es posible que lo hayas olvidado!

—Tengo la cabeza como si fuera a estallar de un momento a otro... ¿Es cierto que hiciste café?

—Por lo menos un litro. He saqueado tu cocina.

—Eso me reconcilia contigo.

Ella volvió a desaparecer.

Mac Gee alargó el brazo y atrapó el teléfono. Discó un número y pidió:

—Deseo hablar con el teniente Campbell... De acuerdo, esperaré...

Virgie regresó cargada con una bandeja y un enorme tazón de café negro y humeante.

Él señaló la puerta del baño.

—Por favor... las aspirinas...

Una voz ladró a través del auricular.

—¿Barry? —exclamó Mac Gee.

—¿Qué pasa?

—He tenido una pesadilla...

Virgie dio un respingo.

—Lo que me faltaba por oír. ¿Desde cuándo yo soy una pesadilla para un hombre?

—¡Cierra la boca, primor, no me refería a ti!

—¿Qué clase de chiste es ese? —rugió el policía por el teléfono.

—Tampoco iba contigo la cosa... ¡Oh, maldición! ¿Queréis callaros los dos?

—¿Dos? —bramó Campbell—. Estás borracho. Y déjame decirte que a estas horas de la mañana no...

—¡Basta!

—Fuiste tú quien llamó.

Virgie, riéndose, entró en el cuarto de baño.

Mac Gee suspiró.

—Mira, Barry, quiero que hagas algo por mí. Está en tu mano y al mismo tiempo será en tu propio beneficio.

—Ese prólogo me escama... ¿Qué diablos bebiste anoche?

—El néctar de los dioses... o de las diosas, para ser exacto. Escucha, trata de establecer una conexión entre esas muchachas muertas y Judy Gay. Mejor dicho, intenta averiguar si entre todas ellas hubo algún nexo de unión... o quizá alguna relación con Wanda Sullivan, aunque fuera solo accidental.

Hubo un corto silencio.

Luego, el teniente gruñó:

—Fueron los crímenes de un sádico, Rudy. Un maldito demente que no necesita motivaciones concretas.

—¿Quieres hacer lo que te pido, por favor? No pierdes nada con ello.

Virgie le entregó dos aspirinas, que engulló empujándolas con todo el contenido de la taza. El café era fuerte y le reanimó.

—De acuerdo —cedió el policía al fin—. Pero maldito si voy a encontrar nada parecido a una relación.

—¿Qué hay de la Prensa?

—Han roto la tregua. Van a publicarlo en los periódicos de la tarde.

—Mal asunto.

—¿Eso es todo lo que querías?

—Eso, y los nombres de las dos primeras víctimas. Después te

dejaré en paz.

—La primera se llamaba Louise Flager. La otra, Fannie Gold. Y si puedes establecer una conexión entre cualquiera de ellas estoy dispuesto a comerme mi placa.

Mac Gee se enderezó en la cama, mientras Virgie trataba de besarle repetidamente en la comisura de los labios.

—Espera un minuto, Barry —jadeó.

Ella logró atraparle la boca y durante unos instantes no hubo más diálogo que el del policía, cuya voz vibraba a través del auricular.

Cuando se libró de aquel cepo exclamó:

—¡Deja de ahogarme, nena!

Campbell ladró:

—¿Qué dijiste?

—No iba contigo... Oye, esos nombres que dijiste...

—Son los que tú querías saber...

—¡Estate quieta, gata!

Virgie se echó a reír.

Campbell rugió:

—¿Con qué clase de golfa estás jugando? Maldita sea

—Es una valquiria que... Oh, no era eso lo que quería decir.

Espera un minuto, Barry. No cuelgues.

Saltó de la cama como impulsado por un resorte. La muchacha soltó un grito y regresó a la cocina.

Revolvió entre un montón de papeles hasta encontrar un sobre de papel manila. Volvió junto al teléfono sacando los papeles del sobre.

—¡Barry!

—¿Aún estás vivo?

—Después de una condenada noche como esta no lo sé. Dijiste que la primera muchacha muerta se llamaba Louise Flager... ¿Oí bien?

—Seguro.

—Bueno, polizante; ya puedes echar por la borda tu teoría del asesino sádico y todo lo demás. Puede que sea un sádico, pero mata por un motivo muy concreto.

—¿Qué?

—Esa mujer, Louise Flager, fue la institutriz que cuidó de la hija

de Wanda Sullivan. ¿Qué dices ahora?

Todo lo que el policía dijo fueron una sarta de gruñidos que nadie se atrevería a imprimir.

Al cabo de unos segundos más de silencio barbotó:

—Necesito estar seguro de eso, Rudy...

—No hay ni la sombra de una duda. Esa mujer fue la institutriz que Wanda Sullivan contrató en los primeros tiempos de su separación. Ahora solo falta descubrir qué relación unió a Wanda con esa otra chica... Fannie Gold. No creo que sea muy difícil para ti averiguarlo.

—Me ha caído buena...

—Lláname cuando lo sepas.

Se disponía a colgar cuando Campbell exclamó:

—¡Espera un momento!

—Dime.

—Esa gata de que hablaste antes... ¿Es la que te acompañaba anoche?

—Por supuesto.

—Y supongo que estás hablándome desde tu apartamento...

—Exactamente desde mi propia, cama.

Sonó una especie de quejido al otro extremo del hilo.

Luego, la voz del teniente rezongó:

—Siempre pensé que yo debí establecerme como detective privado... ¡Maldita sea mi estampa!

Y colgó.

Virgie estaba al lado de Mac Gee cuando este dejó el auricular.

El detective dijo:

—Ahora puedes continuar lo que empezaste antes.

CAPÍTULO VI

Mac Gee penetró en el maloliente antro conteniendo la respiración.

El tugurio era una sala alargada, al fondo de la cual doblaba a la derecha formando un anexo en el que estaban los billares. También había una compacta nube de humo de los cigarrillos y un conglomerado de voces runruneando sordamente.

El detective se abrió paso entre el humo y la multitud de haraganes que llenaban el establecimiento. Los había de todas las cataduras. Uno podía encontrar allí desde un hábil revientapisos, a un escurridizo topista; desde un buen atracador a un artífice de la complicada estafa.

Toda una fauna muy útil en ciertos momentos.

El hombre que buscaba era un individuo de edad indefinida y rostro huidizo que se hallaba recostado en un rincón, dando cuenta de una pinta de cerveza y un cigarrillo que apestaba a marihuana.

Mac Gee se detuvo a su lado y gruñó:

—Si sigues fumando esta porquería el día menos pensado reventarás, Ira.

Los escuálidos hombros del aludido se alzaron, desdeñosos.

—¿A quién le importa eso?

—A mí no, por supuesto. Puedes reventar cuando quieras y no llevaré luto por ti.

—Nadie lo llevará, Mac Gee. Estoy solo como un perro.

—Si ahora te echases a llorar, la representación sería completa.

El tipo ladeó la cabeza. Tenía unos ojos mortecinos que se fijaron en el detective sin expresión alguna.

—¿Sabes qué me gustaría más que un cigarrillo de hierba, Mac Gee?

Este se encogió de hombros.

—Cualquiera sabe —dijo.

—Cortarte en pedacitos y salarte al sol.

—Esa frase debes haberla leído en una novela de indios... ¿Cómo andas de fondos?

—No muy ¿bien —se lamentó—. Todo está cada día más caro.

—Especialmente la marihuana.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Tengo diez dólares sobrantes, Ira.

—Y estás dispuesto a dármelos a mí, claro.

—Claro.

Mac Gee conocía bien a su hombre. Sabía cómo debía tratarlo en todo momento, aunque a veces no fuera nada fácil.

—¿A cambio de qué esta vez? —quiso saber el fumador de hierba.

—Necesito encontrar a dos tipos. Según la policía, se trata de ratas de taberna, así que tú debes conocerlos.

—Conozco a mucha gente. ¿Cómo se llaman esos dos?

—Chuck Halley y Abe Daniels. Uno grande y otro pequeño.

Ira chupó ávidamente de la colilla del cigarrillo. Tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared. A su alrededor, el mosconeo de las conversaciones formaba una masa tan sólida como la niebla de humo pestilente.

—Suelen trabajar juntos —dijo de pronto el hombre—. Pero eso te costará algo más de diez dólares, Mac Gee.

—¿Cuánto?

—Veinte.

—Quieres que te pague la hierba de toda la semana, ¿eh?

—Ni la de dos días... ¿Qué decides?

—Hecho.

—Chuck no sé dónde está ahora. Me dijeron que alguien le había aplastado la cara. Abe tiene su cubil a poca distancia de aquí, en el sótano del anticuario.

—¿No viven juntos esos dos?

—Normalmente, sí. Pero quizá el grandote haya sido trasladado fuera mientras lleve la jeta vendada.

—Claro... Por casualidad, ¿no sabrías también para quién trabajan?

—De eso nada.

El detective le entregó veinte dólares y dándole unas palmadas en la espalda se fue.

La tienda del anticuario estaba en la esquina. En el polvoriento escaparate se amontonaba tal cantidad de cachivaches que más parecía el depósito de un trapero que otra cosa.

A la derecha del escaparate se alzaba la barandilla de hierro que

protegía los escalones del sótano.

Los bajó a saltos tratando de no pisotear a los críos que jugaban en ellos.

Abajo había una sola puerta. No perdió tiempo en llamar. Tomó impulso y se precipitó contra ella con el hombro por delante.

Sonó un crujido y la puerta saltó de sus goznes.

Abe Daniels se incorporó de un brinco sobre la cama. Su mano voló bajo la almohada, pero Mac Gee llegó a su lado en dos saltos y le aplastó el puño en un lado de la cabeza.

El pequeño individuo quedó aturdido por el mazazo. El detective le arrebató la pistola y se irguió.

—Como esta sea la pistola con que fue herido un policía ya vas listo, renacuajo —comentó, yendo a la puerta y cerrándola en las narices de los alborotados chiquillos.

—¿Qué demonios quiere? —barbotó Abe.

—¿Dónde está tu compinche?

—No lo sé.

—Prueba otra vez.

—¡Váyase al infierno!

Desde su poderosa estatura, Mac Gee le abofeteó velozmente. No puso demasiado dinamita en los golpes por temor a desencuadernar al pequeñajo, pero este rodó como una pelota para caer al otro lado de la cama.

Mac Gee le levantó tirando de sus cabellos.

—¿Dónde, rata?

—¡Está fuera! —gimoteó Abe—. ¡Suéltame!

Le empujó, para dejarle sentado en el lecho. Le descargó otro puñetazo y el pequeño rufián perdió todo interés por las cosas de este mundo.

Guardándose la pistola del tipo, Mac Gee revisó apresuradamente el cuchitril, sin encontrar nada que pudiera servirle.

Cuando Abe Daniels empezó a rebullir estaba otra vez a su lado.

Le sacudió un poco para ayudar a despejarle y luego le espetó:

—Hace un par de días le disteis un buen susto a una chica, Daniels, ¿recuerdas?

—No sé de qué me habla.

Un revés en la cara le aplastó la nariz y le derribó de espaldas

sobre las sucias sábanas.

—Sigue así y cuando yo termine contigo necesitarás urgentemente los auxilios de la cirugía estética. ¿Me explico, Abe?

No hubo respuesta, así que el detective prosiguió:

—Golpeaste a la chica, y tu compañero se disponía a hacer algo más que golpearla cuando llegó la policía. Bueno, no pudieron echarte la mano encima entonces y volviste después, asesinándola de mala manera, con sangre por todas partes y...

Abe pegó tal brinco que no tocó el techo de milagro.

—¡Cierre el grifo! —chilló—. ¿Está diciéndome que aquella chica está muerta?

—Asesinada, después de torturarla.

—¡Maldita sea mi estampa! Yo no tengo nada que ver con eso.

—Ya lo sé.

El pequeñajo parpadeó.

—Entonces, ¿por qué diablos me acusa?

—Porque yo sé que no fuiste tú, pero le diré a la policía algo muy distinto... Por ejemplo, que tú y tu compinche volvisteis para terminar lo que habíais empezado... y te aseguro que me creerán, cuando adorne mi historia con algunos toques artísticos de mi cosecha.

Abe Daniels empezó a temblar.

—¡No puede acusarme de un crimen que no cometí!

—Tú verás si puedo o no. De pie, renacuajo.

—¡Espere! No tiene derecho a...

—Tengo todos los derechos de mi parte. Solo tienes una escapatoria, Daniels.

—¿Cuál?

—Decirme quién pagó para que le dierais un susto a la muchacha.

Abe se estremeció.

—Eso es imposible...

—Entonces, echa a andar, sabandija. Vas a oír la más hermosa acusación que haya tenido el fiscal entre manos en su vida.

Le empujó brutalmente hacia la puerta. El pequeño rufián dio dos o tres pasos y se detuvo.

—Si se lo digo... ¿Me dejará en paz?

—No, pero me olvidaré de acusarte de asesinato.

Lo pensó aún, y, al fin, se decidió.

—Está bien, maldito sea usted... Bill Harmon nos dio doscientos dólares para obligar a aquella chica a que nos dijera dónde estaba otra mujer llamada Wanda.

—¿Quién es Bill Harmon?

—Apenas le conozco... Tiene algo que ver con las apuestas y cosas así.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—No lo sé.

—Daniels, estás jugándote el pescuezo.

—¡Estoy diciéndole la verdad! No sé dónde puede encontrar a Harmon... A nosotros nos citó en lo del italiano.

—¿Qué es eso del italiano?

—Una heladería en la esquina de Grant y Forrest.

—Veré si puedo localizarlo. Vámonos, pequeñajo.

—¿Va a llevarme a la policía?

—Naturalmente.

—¡Pero usted no es un polizonte!

—Solo a medias. Andando.

Los dos abandonaron el cuchitril en medio de la expectación de los críos que pululaban como moscas por toda la calle.

El teniente Campbell se disponía a salir cuando ellos penetraron en su despacho.

—Te traigo un regalo —anunció Mac Gee—. Mejor dicho, dos regalos. Este tipo, que es uno de los que atacaron a Judy Byrd hace unos días, y esta pistola que le pertenece. Con un poco de suerte quizá sea la que hirió a un guardia.

Campbell se quedó boquiabierto.

Mirando al pequeño matón gruñó:

—¿Es la misma, Daniels? No sacas nada con negarlo, porque el departamento de balística lo comprobará en unos minutos.

Abe Daniels solo titubeó unos segundos. Sabía que estaba metido en el peor lío de su vida y no ignoraba tampoco que para salir de él iba a necesitar algo más que un abogado.

—Es cierto —confesó—. Pero yo no disparé contra nadie... la pistola se me disparó accidentalmente, ¿comprenden?

—Claro, claro... y la bala fue a darle justamente en el pecho al policía que aporreaba la puerta. ¡Qué maldita casualidad!

—¡Tienen que creerme! Se me disparó por accidente... yo estaba muy nervioso.

—Apuesto que sí lo estabas... Vas a soltar toda la historia de arriba abajo, ¿sí?

—Seguro, teniente. Lo que usted quiera.

—Si colaboras quizá pueda hacer algo por ti. ¿Quieres oír lo que tiene que decirnos, Rudy?

El detective se encogió de hombros.

—Tengo mucho trabajo atrasado. Ya leeré la declaración más tarde, a menos que me necesites.

—Puedes largarte al demonio si quieres.

Mac Gee no esperó a que se lo repitiera. Deseaba conservar la ventaja que aún le llevaba a la policía.

Encontró la heladería del italiano sin dificultad. Detrás de la caja, un obeso individuo vigilaba el negocio con unos ojillos hundidos en un mar de grasa.

Mac Gee se acercó a él.

—Busco a Bill Harmon —dijo, encendiendo un cigarrillo.

El gordo italiano parpadeó. Lucía un bigote espeso y negro que parecía partir en dos su cara de luna.

—¿Harmon? —murmuró.

—Tengo algún dinero para apuestas y alguien me recomendó a él.

—¿No lo conoce?

—Jamás le he visto.

El gordo aún dudó. Después, antes de confiarse, preguntó:

—¿Quién le recomendó a Bill Harmon?

—Un tipo llamado Daniels. Pequeño y delgado, parecía saber bien el terreno que pisaba.

—Entiendo... Bien, Harmon es el hombre que juega solitarios en la mesa del rincón.

Mac Gee caminó hacia el tipo indicado. Bill Harmon era un fulano bien vestido, con las mejillas recién rasuradas, ojos negros y agresivos y piel oscura. Realmente, de proponérselo, podía llegar a ser muy atractivo para las mujeres.

El detective se sentó frente a él. Harmon le miró sin interés.

—Me llamo Mac Gee. Hay un pequeño asunto del que quiero hablar con usted, Harmon.

Este apartó la gran copa vacía, sucia de chorreones de helado, y gruñó:

—No recuerdo haberle conocido nunca... ¿De qué se trata?

—De Wanda Sullivan.

Notó el súbito tirón de los nervios del elegante individuo, y, aunque se recobró en un segundo ya era demasiado tarde para fingir.

—¿Qué hay con ella? —masculló—. Hace tiempo que ando buscándola sin suerte.

—La busca por medio de sus ayudantes. Y los métodos que estos emplean no son precisamente diplomáticos.

—Al grano, Mac Gee.

—Sus dos esbirros golpearon a una muchacha para obligarla a hablar... Lo hicieron trabajando para usted ya que les había pagado doscientos dólares.

—¿Y...?

—Va usted a decirme por qué busca a Wanda, y todo lo que sepa de ella.

Harmon se echó a reír.

—¿Eso es todo? —cacareó.

—Por el momento, es suficiente.

—Entonces, váyase al infierno, Mac Gee. Esa es la respuesta.

—Creo que es mejor para usted que aguarde a saber el final de mi historia.

—¡Ah! ¿Hay una historia, realmente?

—Ya lo creo que la hay. La historia de cómo usted y sus esbirros volvieron al apartamento de la muchacha, la amarraron a la cama tras amordazarla, y luego casi la descuartizaron hasta matarla. ¿Qué tal suena?

La mirada de Harmon echaba chispas.

—¿Qué embuste está tratando de...?

—Es un embuste, y yo sé que lo es. Usted también lo sabe. Pero la policía no. Y le aseguro que me creerán a mí, como detective privado, antes que a usted, un tahúr de mala muerte, apostador profesional y quién sabe cuántas especialidades más.

Harmon empezó a sudar.

—¿Es cierto que han asesinado a esa chica?

—La que ocupaba el apartamento de Wanda.

—No lo comprendo, Mac Gee, de veras que no.

—Sin rodeos, Harmon. ¿Cuál es su interés por Wanda Sullivan?

—Pierde el tiempo. Es un asunto estrictamente personal.

—¿Prefiere que vaya a la policía con mi hermosa historia?

—Puede hacerlo. No cabe duda que me producirá algunos dolores de cabeza... pero no podrán detenerme. Le apuesto que puedo presentar una docena de coartadas para la hora en que esa mujer fue muerta... sea la hora que sea.

—¿Esa es la actitud que va a tomar?

—Ya puede estar seguro.

—No quisiera estar en su pellejo de ahora en adelante, Harmon.

—Para mí, sería mucho peor si hablara, así que lárguese al infierno. Yo me ocuparé de mis problemas.

—Ya puede estar seguro que va a tenerlos.

Mac Gee abandonó la heladería.

Cuando Bill Harmon salió, diez minutos más tarde, el detective estaba preparado para seguirle los pasos fuera a donde fuese...

CAPÍTULO VII

April Lowe se detuvo una vez más fingiendo examinar un escaparate iluminado. Su hermosa silueta quedó bañada de luz y arrancó, algún que otro silbido admirativo de los tardíos paseantes de Rulow Street.

Mas ella no advirtió siquiera esa admiración.

April estaba asustada, y se reprochaba a sí misma por ello. No era la primera vez que la seguía un hombre. En realidad, apenas si pasaba día sin que algún hombre no se sintiera subyugado por sus rotundos encantos y echara a andar tras ella, con la esperanza de obtener una apasionada sesión amorosa.

Solo que esa noche la cosa era distinta. Sabía que la seguían sin la menor sombra de duda. Pero a pesar de todos sus intentos no había podido averiguar quién ni con qué intenciones.

Reanudó la marcha por la acera. A medida que avanzaba la calle estaba más solitaria. Trató de sorprender al perseguidor volviéndose bruscamente.

Todo lo que consiguió fue captar un furtivo movimiento junto a la pared de un edificio, allá atrás, demasiado lejos para que pudiera distinguir nada del hombre.

Quizá fuera solo un tímido, uno de esos individuos que siguen a una mujer durante horas sin atreverse a abordarla, gozando solo con verla moverse, o imaginando complicados asedios en los que ellos salían siempre triunfadores.

April tenía experiencia, naturalmente. Había afrontado toda clase de situaciones, algunas muy comprometidas; pero esta la desbordaba.

De pronto se encontró caminando completamente sola en una calle desierta. Se detuvo y durante unos segundos oyó los pasos cautelosos allá atrás. Luego, se extinguieron y todo fue silencio.

Sintió tentaciones de echar a correr, o de gritar hasta atraer a alguien en su ayuda.

Los pasos resonaron nuevamente cuando ella reanudó su caminata. Estaba a punto de llegar a su apartamento. Apresuró el paso. Cuando pudiera cerrar la puerta a sus espaldas estaría a salvo.

Los pasos, tras ella, aumentaron su ritmo también.

El corazón le golpeaba furiosamente en el pecho. Casi corría cuando llegó a la esquina.

La dobló y en pocos segundos estuvo ante el oscuro portal del edificio de apartamentos.

Buscó frenéticamente la llave en el bolso, aterrorizada. En el instante en que sus dedos localizaban el llavero entre el revoltijo de objetos encerrados en el bolso, un brazo surgió de la oscuridad y rodeándole el cuello apretó hacia atrás.

April boqueó en un grito que no llegó a vibrar, porque algo blando y que olía de un modo extraño se aplastó contra su cara.

Los pulmones amenazaron con estallarle. Aquel hedor nauseabundo se precipitó en sus entrañas cuando intentó llevar aire a los castigados pulmones... la noche osciló y la tierra bajo sus pies dejó de ser una masa sólida...

Sus rodillas se doblaron poco a poco y antes de que tocara suavemente el suelo estaba desvanecida. El soporífero había realizado su obra.

* * *

Bill Harmon detuvo su coche en la sombra de un callejón, apagó las luces y se apeó, mirando arriba y abajo.

No vio signo de vida alguno.

Retrocedió hasta la calle mejor iluminada. Tampoco allí sorprendió ningún movimiento sospechoso. Había los consabidos coches aparcados a lo largo de las aceras, con las luces cabrilleando en sus brillantes carrocerías, pero eso era todo.

Se dirigió recto hacia un portal, buscando las llaves en el bolsillo.

Desde uno de los coches estacionados, Mac Gee no perdía uno solo de sus movimientos.

Harmon encontró las llaves y abrió la puerta. Entró y volvió a cerrar a sus espaldas.

Mac Gee se apeó entonces, acercándose a la entrada de la casa. Esta era un edificio de cuatro plantas dividido en apartamentos, de los que suelen alquilarse amueblados.

A un lado había la batería de buzones y las tarjetas de los inquilinos.

Retrocedió, atravesando la calle. Justo cuando llegaba a la otra acera, una ventana del tercer piso se iluminó. La silueta de un hombre la cruzó y no tuvo dificultad en identificar a Harmon.

Grabó en su mente la situación de aquella ventana, calculando poco más o menos a qué apartamento debía pertenecer. Lógicamente, era dable suponer que la distribución del edificio sería la tradicional en esa clase de construcciones.

De nuevo fue hacia los buzones y recorrió con el dedo los del tercer piso. Pensó que aquel donde había entrado Harmon era, o bien el doce, o el catorce. El primero pertenecía a alguien llamado Masson. El catorce, correspondía a una mujer llamada April Lowe.

Mac Gee se apartó y dio un vistazo a la ventana. Llegó a tiempo de ver apagarse la luz. El detective se refugió en su coche y esperó.

Apenas dos minutos después. Bill Harmon salió de la casa, se detuvo en la acera como si estuviera desconcertado y no supiera qué camino tomar. Finalmente, se internó en el callejón en busca de su coche.

Mac Gee le vio aparecer. Esperó hasta que el auto hubo desaparecido y luego regresó a la entrada de la casa.

Harmon había vuelto a cerrar. Mac Gee, ahora con más calma, copió los nombres de todos los inquilinos del tercer piso, no solo el de la mujer y el hombre llamado Masson.

Iba a retirarse, cuando su pie aplastó algo metálico en el suelo. Inclínándose, recogió un pequeño llavero con tres llaves.

Perplejo, se preguntó si le habría caído al hampón, pero recordaba perfectamente que Harmon había cerrado la puerta con llave antes de alejarse, y que luego introdujo la mano en el bolsillo, lo cual indicaba que había guardado cuidadosamente sus propias llaves.

Eligiendo una de las que tenía en la mano la probó en la cerradura de la puerta.

La llave giró sin dificultad y al abrirse la puerta apareció un zaguán oscuro como un lago de tinta.

Mac Gee titubeó solo un instante. Colándose dentro, encendió una cerilla para orientarse. Vio el elevador y las escaleras. Optó por las escaleras y subió cautelosamente hasta el tercer piso.

Había cuatro puertas en el rellano. Tal como había calculado, las numeradas con el doce y el catorce daban a la fachada delantera. La

doce correspondía a la esquina izquierda y la catorce a la derecha. De modo que Bill Harmon había visitado el apartamento número catorce.

Volvió a utilizar las llaves. Esta vez, la segunda que probó abrió la puerta silenciosamente.

Mac Gee se coló al interior pisando como un gato. Valiéndose otra vez de las cerillas se orientó para no tropezar con los muebles.

El apartamento era como tantos otros que se alquilan amueblados, generalmente para cortas temporadas, de modo que apenas si conservaba algún débil signo de la personalidad de su inquilina.

El detective se acercó a la ventana y corrió la cortina, encendiendo luego la luz.

En menos de un minuto se hubo asegurado de que el piso estaba desierto. Tras esa comprobación empezó a registrarlo todo cuidadosamente. Le hubiera gustado saber por qué Harmon se había dirigido allí después de sostener la breve conversación con él...

La mujer que ocupaba el apartamento era una dama de buen gusto en lo tocante a sus ropas. Las había en profusión, especialmente suaves prendas íntimas que llenaban varios cajones.

Llegó a la cocina en su fugaz revisión. No había trazas de que fuera usada con mucha regularidad.

En un ángulo de la cocina había un armario empotrado en el que se guardaba un aspirador y otros útiles de limpieza. Sobre un estante vio dos maletas de cuero bastante sucias de polvo.

Las bajó al suelo, solo para comprobar que estaban vacías.

Disgustado por esa pérdida de tiempo, y desconcertado al mismo tiempo, las volvió a subir al estante.

Al empujarlas para que quedasen como estaban antes, la inferior chocó contra algo sólido que cortó su avance.

Esperanzado, Mac Gee las sacó una vez más, acercó una silla y encaramándose, descubrió el paquete.

Era piano, semejante a una caja de cincuenta cigarrillos. Estaba envuelto en papel manila y las juntas selladas con cinta adhesiva.

Colocó las maletas en su lugar y llevándose el paquete regresó al aposento principal.

Estaba a punto de romper el papel cuando alguien arañó la puerta del apartamento

De un salto, Mac Gee apagó la luz y corrió hacia la cocina. La atravesó a oscuras y se deslizó por la ventana deteniéndose en el rellano de la escalera de escape.

Agazapado en la oscuridad, esperó largos minutos.

Quien fuera que pretendía entrar, sin duda era alguien que carecía de llave y estaba tratando de forzar la cerradura. Pensó que ese apartamento estaba convirtiéndose en una caja de sorpresas esa noche.

Al fin, el breve rayo de luz de una linterna chispeó en el interior del piso, revelando que el intruso había conseguido franquear el paso.

La linterna relampagueó en la puerta de la cocina, y tras ella surgió la oscura silueta de un hombre.

Mac Gee se maldijo por no llevar el revólver encima. Le hubiera gustado cazar a ese otro visitante y tener una parrafada con él. Pero un individuo que se arriesga a forzar una cerradura para colarse en una casa ajena, lo más lógico es que vaya armado y el detective no tenía ningún deseo de encajar un plomo en la barriga.

Vio la negra sombra del hombre abrir el armario y sacar las maletas del estante. Como hiciera él mismo poco antes, aproximó una silla y subiéndose encima buscó...

Desde su observatorio, Mac Gee escuchó el bronco gruñido de ira que el desconocido no pudo contener al no encontrar lo que buscaba.

Estuvo unos segundos más tanteando el estante, alumbrándolo con la linterna. Luego, saltó de la silla y guiándose con el rayo de luz, desapareció.

Mac Gee aguardó un par de minutos después de oír cerrarse la puerta del apartamento. Entonces, regresó al interior de la cocina y encendió la luz.

Las dos maletas estaban en el suelo y la silla junto al armario, tal como la dejara el furioso visitante.

Entonces abrió el envoltorio del paquete. Era pesado y no podía imaginar qué contenía.

Bajo el papel manila, había otro, también recio, con manchas de aceite o grasa. Lo quitó también y se quedó boquiabierto, paralizado por el estupor.

Lo que tenía entre las manos eran dos planchas magistralmente

grabadas, para impresión de billetes de diez y de veinte dólares.

Lo curioso era que solo había una plancha de cada billete. El anverso del de diez dólares y el reverso del de veinte. Con ellas solo podía imprimirse una cara de los billetes.

Perplejo, tomó los papeles que dejara sobre la silla para envolver de nuevo las planchas. Fue entonces que descubrió la mancha en el tapizado de la silla.

Era la mancha dejada por la suela de un zapato. Pero era algo más que eso, porque aquella mancha era de color pardusco, casi rojizo.

Era una mancha de sangre.

Con un extraño frío en las venas, el detective se dirigió al teléfono para llamar al teniente Campbell.

CAPÍTULO VIII

El infierno de dolor cedió poco a poco, sumiéndola en una marea amorfa en la que no había lugar ni siquiera para el pánico.

Flotando en ese mundo en el que ya imperaba la muerte, April Lowe dejó escapar un ahogado quejido que no pudo atravesar la apretada mordaza.

Yacía en un suelo de cemento, sobre el mar de sangre que había escapado de su pobre cuerpo. Cuando trató de moverse, todo el dolor del mundo rugió en cada partícula de su piel, atravesándola, aguijoneándole el cerebro como si en él estuvieran introduciéndole un estilete al rojo vivo.

Ahora, el dolor persistió, más agudo por instantes. Parpadeó en la oscuridad, sabiendo que aquello era el fin de todo. Era la muerte en su forma más atroz.

Empavorecida, se dio cuenta que su mente volvía a recobrar la lucidez, una lucidez enloquecida por las horrendas experiencias vividas poco antes. Pensó que hubiera sido mucho mejor volverse loca por completo y dejar de sufrir el dolor y el pánico, sabiendo que el monstruo volvería de un instante a otro para rematar su obra.

Él se lo había dicho: Regresaría para matarla rápidamente si había sido sincera. O para reanudar la espantosa orgía de sangre si le había mentado.

Le había confesado la verdad. ¡HABÍA DICHO LA VERDAD!

De modo que la mataría.

Y dejaría de revolcarse en ese infierno alucinante en el que no cabía la menor esperanza.

Oyó los pasos del hombre tan súbitamente que fue como si siempre hubiera estado allí, acechándola en la oscuridad, recreándose en su dolor y en su miedo.

—¡Mentiste, zorra! —graznó la voz en la penumbra.

Ella se quedó rígida. No comprendía...

—¡Me mentiste, a pesar de que te advertí!

April hubiera querido gritar que quien mentía era él.

Las planchas estaban donde le dijera...

Sumida en el espanto, le vio inclinarse sobre ella y arrancarle la

mordaza de un tirón.

Pensó que entonces podría gritar. Lo intentó. Todo lo que pudo lograr fue un quejido ahogado, como el de un débil niño en la cuna.

Solo que la suya era una cuna de sangre.

—¿Dónde están, estúpida? —gruñó el hombre—. Juraste que las planchas estaban en el armario de la cocina, detrás de las maletas... ¡Mentiste! No estaban allí.

April Lowe boqueó, ahogándose con su propio dolor y su propio pánico.

De repente, en la oscuridad centelleó la aguzada hoja del cuchillo fatal... aquel instrumento del infierno manejado por un demente...

—¡Le dije la verdad! —jadeó sin voz—. ¡Tienen que estar allí...!

—Eso dijiste antes.

—¡Por piedad, créame!

—¿Sabes lo que voy a hacer ahora contigo? —silbó la voz demoníaca de él—. ¿Quieres que te lo explique con detalle, solo para que sepas lo que te espera?

—¡No, no...!

—¡Dime dónde están esas malditas planchas!

—¡Las dejé en el armario! —un ahogado sollozo quebró su voz—. ¡Estaban allí...!

—Bueno, si quieres que yo siga divirtiéndome contigo...

De nuevo, la mordaza se apretó salvajemente contra su boca.

Ella sacudió locamente la cabeza hasta que él aflojó la presión y gruñó:

—¿Has cambiado de opinión, vas a decírmelo esta vez?

—Él debe... debe habérselas llevado... ¡Le juro que yo las dejé ocultas detrás de las maletas!

—¿A quién te refieres?

—A Bill...

—¿Quién?

—Bill Harmon...

—Harmon —susurró el engendro.

—Íbamos a... a hacer ese negocio... juntos...

—¿Es tu amante ese Harmon?

—Sí...

—¿Dónde vive?

—En... en Fulton Drive... tiene un... un apartamento sobre el Corintian.

—Lo comprobaré... pero si mientes esta vez te cortaré en pedazos antes de rebanarte el cuello.

Trató de amordazarle nuevamente. Dominada por el pánico, April agitó la cabeza de un lado a otro, lanzando un chillido.

Furioso, el hombre la abofeteó repetidamente. Después, cuando ella quedó inmóvil, exhausta y jadeante, le acercó la punta del cuchillo a la cara y su voz chirrió:

—Solo tengo que apretar un poco... un poco más...

Con un quejido, April se desvaneció...

Tras amordazarla férreamente, el hombre se irguió y sus pasos resonaron en el silencio del sótano.

Luego, se extinguieron y sobre la destrozada muchacha planeó de nuevo la sombra piadosa de la muerte.

* * *

Campbell dijo:

—No cabe duda que es sangre. Los químicos del departamento nos dirán de qué grupo. Lo que me gustaría saber es cómo diablos ese tipo llevaba los zapatos empapados hasta el extremo de dejar esta huella.

—Eso es algo que también me gustaría saber a mí.

—¿No pudiste verle el rostro?

—En absoluto. Utilizaba una de esas linternas tipo estilográfica... pero era alto y parecía fuerte.

—Volvamos a esas llaves que encontraste, Mac Gee.

—¿Qué quieres que te diga? Estaban en el suelo. Las pisé cuando estaba copiando los nombres de los inquilinos. Y estoy seguro que no pertenecían a Harmon, porque él se las guardó en el bolsillo. Pude verlo bien.

—Entonces, solo se me ocurre que las perdiera la inquilina del piso, esa April Lowe... Cosa que no deja de ser sorprendente también. Si se le cayeron, ¿por qué no las recogió?

—Tal vez no pudo.

—Ajá.

—Quizá fue sorprendida cuando intentaba abrir el portal... Por

esta razón, no estaba ella aquí cuando Harmon vino disparado a verla, después que yo le soplara los oídos.

Los dos se miraron, preocupados.

Campbell gruñó:

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Seguro. Esa sangre... puede ser de la muchacha.

—Ni más ni menos. Esa es mi idea... y si es así jamás la encontraremos con vida. Debieron torturarla atrocemente para obligarla a revelar el escondrijo de esas condenadas planchas.

Mac Gee encendió otro cigarrillo.

Luego gruñó:

—El maldito tipo se llevó un buen chasco.

—Lástima que no te sintieras héroe y le echaras el guante...

—Si lo hubiese intentado, ahora asistirías a mi propio funeral, polizonte.

—Probablemente.

—La idea no parece conturbarte poco ni mucho, ¿eh?

El teniente sonrió entre dientes.

—Francamente, Mac Gee, no puedo imaginarme a nadie cortándote en pedacitos. Eres demasiado duro para consentirlo.

—Me pregunto si eso es un elogio. ¿Qué tal están las cosas con los periodistas?

—¿No viste los periódicos?

—No tuve tiempo.

—Están aullando como lobos hambrientos. El que menos, pide la cabeza de todos los policías de la ciudad.

—Entonces, cuando se encuentre a esa otra chica... April Lowe, me gustaría saber qué pedirán los reporteros.

—Podría decírtelo, pero sonaría muy mal... ¡Condenación! Nada de esto tiene pies ni cabeza. Tú aseguras que buscas a esa mujer por un simple trámite de divorcio. Y sin embargo, hay alguien más buscándola, y cada eslabón de la cadena que puede conducirla hasta ella lo convierte en una orgía de sangre. Y ahora aparecen esas planchas para falsificar dólares, como si no fuera suficiente todo lo demás. ¿Estás seguro que no estás ocultándome hechos vitales, Mac Gee?

—Tú sabes que yo no haría eso en un caso semejante.

—No estoy muy seguro... Tus marrullerías te han hecho tropezar

con el fiscal más de una vez.

—Tú no eres ese polícastro de tres al cuarto, Campbell.

El policía le miró recto a la cara, tratando de descubrir un asomo de ironía en las palabras de su amigo. No lo encontró y pareció quedar satisfecho.

—Muy bien, te daré crédito —gruñó—. Pero quiero que me arregles una entrevista con tu cliente.

—No creo que él tenga nada que oponer. Le plantearé el problema por la mañana.

—Estaré en mi despacho. Y ahora, lárgate al demonio y déjame trabajar. He de ponerme en contacto con los chicos del Departamento del Tesoro. Apuesto que darán un buen salto cuando vean esas planchas...

—Quizá sean tan amables que te quiten el caso de las manos.

—No tendré esa suerte...

Mac Gee se despidió del teniente, dejándole en medio de los peritos de su departamento, y abandonó el edificio.

Caminó pensativo hasta donde tenía el coche. Lo puso en marcha y condujo distraídamente sin cesar de darle vueltas a la escalofriante idea de que, mientras él se dirigía a su apartamento con intención de acostarse tranquilamente, en algún lugar de la ciudad, una mujer torturada yacía con toda seguridad en medio de un mar de sangre, esperando que alguien la descubriera.

La idea le conturbó y apenas sin darse cuenta apretó las quijadas con tal fuerza que sus dientes chirriaron de modo siniestro. De haber podido tener al sádico asesino en las manos en esos momentos, quizá hubiera realizado por su propia cuenta una completa demostración de sadismo, sobre el pellejo del criminal...

CAPÍTULO IX

Bill Harmon despertó sobresaltado, con una atroz sensación de dolor en el pecho.

Intentó incorporarse en el lecho, pero de pronto se quedó muy quieto, porque el dolor fue tan agudo al moverse que creyó sentir un rayo de fuego atravesarle de parte a parte.

—¿Quién...? —jadeó.

—Quietos, Harmon —chirrió una voz ronca y letal—, tienes un cuchillo metido media pulgada en tu carne... muévete y te penetrará hasta el corazón.

—¿Está loco? ¡Por Dios, quite ese cuchillo...!

—Lo haré cuando me digas dónde escondiste las planchas, Harmon.

—¿Qué?

La sorpresa le hizo dar un respingo. Pero el acero se hundió un poco más y el rufián sintió que una fuerza inmensa le aplastaba contra la cama. Por primera vez tuvo la certeza de que, realmente, quien fuera que le hundía el cuchillo en la carne no titubearía lo más mínimo en atravesarle el corazón.

—Tu amiguita confesó el escondrijo de las planchas, Harmon. Bueno, la verdad es que tuve que estropearla un poco... fue algo muy divertido... un verdadero placer... pero cuando fui a buscarlas no estaban allí.

—¿April...?

—Sí. No te gustaría verla como está ahora, aunque eso no debe preocuparte. Mejor preocúpate de cómo estarás tú dentro de unos minutos si no hablas.

La mente de Harmon era un caos. No podía pensar con claridad sintiendo aquella llama al rojo barrenándole el pecho, notando como la sangre, tibia, le escurría por la piel del costado hasta las sábanas...

—¿Qué decides, Harmon?

—No comprendo... de veras que no lo comprendo... ¡Por Dios, está matándome...!

—Todavía no.

—Pero si ella le dijo donde estaban... ¿Por qué quiere matarme a

mí?

—Te lo dije... Fui a buscarlas donde ella dijo, pero ya no estaban allí.

—¡Eso es imposible! ¡Estaban ocultas detrás de las maletas, en el armario de la cocina...!

—Eso fue lo que April dijo.

—¡Tienen que estar allí si ella no las sacó!

En la oscuridad sonó un largo suspiro. Como el suspiro de alguien que se dispone a gozar de un agradable pasatiempo.

—No has comprendido, Harmon. Antes que termine contigo pedirás a gritos que te mate de una vez... solo que no podrás gritar...

La llama de dolor en su pecho se avivó. La punta de la hoja de acero barrenó levemente la herida y Harmon se puso rígido como una tabla.

—¡Basta! —jadeó.

—Las planchas, ¿recuerdas?

—¡No las toqué! Tienen que seguir allí...

—Te digo que no están. Lo comprobé esta noche.

—¡Entonces ella las sacó!

Oyó una risita.

—Te aseguro que tu querida April dijo la verdad cuando se decidió a hablar. Después de todo lo que hice, con ella estaba medio loca, pero no lo bastante para no saber lo que le convenía... y lo que le convenía era confesar. Lo hizo y las planchas no estaban donde ella aseguró. Luego, me dijo que solo tú conocías el escondrijo. ¿Te das cuenta?

Harmon creía estar sufriendo una horrible pesadilla. Sentía el cuchillo presionando en su propia carne, hundido media pulgada sobre el corazón. Si se movía, el acero penetraba más. Si se rendía, aquel matarife le cortaría en tiras, porque él no podía decirle lo que ignoraba...

—Debe haber alguien más —sollozó—. ¡Por favor, créame... debe haber alguien más metido en esto!

—¿Quién, por ejemplo?

—¡No lo sé!

—¿Wanda, quizá?

Harmon se estremeció.

—Tal vez —jadeó, esperanzado—. Esa mujer es un misterio. No he podido localizarla en un año...

—Yo la encontraré, pero de momento quiero esas planchas, Harmon. No voy a repetirte la pregunta más que esta vez. ¿Dónde están?

—¡No lo sé, maldito hijo de perra!

El cuchillo se retiró de su pecho velozmente. Una momentánea sensación de alivio, de esperanza, le invadió.

Tensó todos los músculos, disponiéndose a saltar en la oscuridad contra su siniestro atacante.

Entonces sintió un golpe feroz en el estómago y todo el fuego y el dolor del infierno ardió en sus entrañas como una súbita explosión.

Soltó un agudo quejido.

La hoja de acero hizo algo más que hundirse y Harmon flotó en aquel mar de llamas semiinconsciente.

En medio del marasmo de terror oyó la risa diabólica que sonaba sobre él, y la voz que parecía llegar de muy lejos...

—Tal vez no sepas donde están las planchas... pero no importa... nada importa ya, Harmon... solo el dolor. ¿No sientes dolor, Harmon?

Por desgracia para el rufián, eso fue solo el principio.

* * *

Mac Gee apuró el whisky, tumbado en el diván de su solitario apartamento. Había apagado la luz y en la penumbra, trataba de cazar la idea que danzaba como un fuego fatuo en lo más profundo de su subconsciente.

Una y otra vez fracasó.

Era desesperante. Sabía que estaba allí, que con solo que pudiera sacarla del oculto arcano del cerebro podría dar un gran salto en el misterio.

Pero era inútil. Cuanto más lo intentaba, más lejos tenía la revelación.

Furioso, se levantó. Encendió la luz y se ciñó el arnés de fino cuero con la funda axilar, en la que introdujo el revólver «Colt-Cobra» del «38», después de comprobar que estaba bien cargado. Se

puso la chaqueta y se lanzó a la noche impulsado por la ira que le asaltaba ante su impotencia.

Quizá fuera preferible liarse la manta a la cabeza y tirar por la calle de en medio, como decía Campbell en las situaciones desesperadas.

Manejó el coche por las desiertas calles, en esa hora de la madrugada en la que sobre la ciudad dormida parece flotar la sombra oscura de la muerte.

Se detuvo un par de veces para consultar sus notas, aquel revoltijo escrito apresuradamente a medida que obtenía los datos o que las ideas acudían a su mente. Había allí detalles sacados a Campbell, direcciones, esbozos de planes de acción, pensamientos aparentemente descabellados...

Le costó orientarse por un distrito que apenas conocía, pero al fin halló lo que buscaba y aparcó el coche frente a una boca de incendios.

Para su sorpresa, la puerta del edificio estaba abierta.

Era un buen lugar para vivir, sin ninguna duda. Vestíbulo lujoso, amplia escalinata y dos elevadores automáticos. Los apartamentos debían tener todas las comodidades imaginables, desde aire acondicionado a paredes acolchadas...

Subió rápidamente por las escaleras sin provocar el menor ruido. Cuando se detuvo ante el apartamento que buscaba probó cautelosamente el tirador, pero la puerta estaba bien cerrada.

Inclinándose, examinó la cerradura. Ahogó una maldición al comprobar que era de un modelo imposible de forzar sin contar con un verdadero arsenal de finísimas ganzúas.

De modo que irguiéndose, pulsó el botón del timbre con impacientes y rápidos timbrazos.

Desde el pasillo no podía oír el sonido del timbre en el interior, lo que le convenció de que las paredes eran a prueba de ruidos. Eso le convenía, porque posiblemente hubiera un poco de gresca cuando lograra entrar.

Solo que nadie acudió a la puerta.

Colocó el dedo sobre el botón y lo mantuvo allí, dispuesto a quemar el timbre si era necesario.

Se cansó del juego un minuto después.

De modo que el tipo no estaba en casa. Adivinar su paradero a

semejantes horas de la madrugada era imposible. Mac Gee ahogó una sarta de maldiciones.

O quizá estuviera, pero no quisiera recibir visitas inoportunas y peligrosas.

En la penumbra, el detective reflexionó a todo gas. Suponiendo que el apartamento estuviera desierto, sería una gran cosa darle un vistazo.

Corrió escaleras abajo y al salir a la calle voló hacia la esquina, dando la vuelta hasta localizar la calleja posterior donde estaban las fachadas traseras de los edificios.

En todas ellas había las consabidas escaleras de escape.

Pisando como un gato, buscó la que correspondía al lujoso edificio del que acababa de salir.

Antes que pudiera encontrarla, oyó el chasquido del tramo deslizante. Un chirrido que sonó estruendosamente en el silencio y la oscuridad.

Después, el golpe sordo de unos pies al saltar al suelo.

Mac Gee empuñó el revólver y corrió pegado a la pared.

Vio una sombra fugaz más allá del tramo automático de escalera, que estaba elevándose de nuevo.

—¡Deténgase! —rugió—. ¡Deténgase o dispare!

La sombra se detuvo en seco, girando sobre sus pies.

Mac Gee ordenó:

—¡Ponga las manos sobre la cabeza!

Vio confusamente cómo el desconocido levantaba los brazos. Solo que el derecho se movió de pronto como un rayo, y una chispa de plata relampagueó en la penumbra.

—¿Qué demonios...?

Su voz se extinguió cuando algo golpeó su costado. Fue tan súbito que le paralizó. Luego, la llamarada de dolor le hizo reaccionar al comprender y apretó el gatillo.

Hubo un trueno en el callejón. El «Colt-Cobra» retumbó dos veces más antes que se diera cuenta de que la sombra fugaz se había esfumado.

Hubo de apoyarse en la pared porque una extraña debilidad le asaltó de pronto. Tenía un cuchillo clavado en la carne y sentía la sangre deslizarse por su piel empapándole la ropa.

Multitud de ventanas estaban abriéndose por todas partes, y

sonaban voces alarmadas preguntando qué estaba sucediendo allá abajo.

Jadeando, Mac Gee apretó los dientes para contener un quejido.

Luego, en alguna parte, sonó el estridente aullido de un silbato policíaco, y medio minuto después, un guardia aparecía llevando su revólver de reglamento por delante.

—¡Quieto ahí, amigo! —gruñó el policía—. Le tengo cubierto.

—Felicitaciones... mientras tanto, ese hijo de perra está largándose por el otro extremo de la calleja.

—¡Suelte la pistola y después hable todo lo que quiera!

Mac Gee dedicó un poco piadoso recuerdo a los inmediatos antepasados del guardia y dejó caer el revólver.

Solo entonces, el cauteloso policía se le aproximó lo bastante como para descubrir el cuchillo profundamente enterrado en su costado.

—¡Está usted herido! —rezongó.

—Otro descubrimiento que le honra, palabra...

Inclinándose, el policía se apoderó del barrigudo revólver y olió el cañón.

—¿Ha herido usted a alguien?

—Ojalá... pero no lo bastante malherido para evitar que huyera.

—Ya veo... Siéntese, le quitaré el cuchillo.

—Usted no hará nada de eso. ¿En qué clase de escuela aprendió, Sherlock Holmes? Si me quita el cuchillo me desangraré antes que llegue un médico. Le tengo cariño a mi propia sangre, ¿sabe?

—Creo que está usted chiflado, amigo.

El guardia miró alrededor, a las ventanas iluminadas y las cabezas asomadas a ellas.

Dirigiéndose al hombre de la más próxima gritó:

—¡Llame al Departamento de Policía, aprisa! Y después al hospital... hay un hombre herido aquí.

La cabeza desapareció de la ventana.

Mac Gee gruñó:

—Hubiera sido preferible invertir el orden... primero al hospital y después a la policía. A propósito, sería una gran cosa que pudiera localizar al teniente Campbell... de Homicidios...

—¿Campbell?

—Esto es... cosa suya...

De pronto calló, porque el callejón estaba comportándose de una manera que ninguna calle que se respetara osaría imitar, invirtiendo los planos. El horizontal se convertía en vertical y al revés, o girando inesperadamente en una graciosa espiral.

Mac Gee cerró los ojos sintiéndose flotar en un espacio en el que jamás antes había entrado.

—Creo... que voy a desmayarme... —musitó entre dientes.

—¿Qué le pasa?

Abrió los ojos tratando de ver al policía.

El callejón debía haberse arrepentido de su mala conducta y estaba aquietándose hasta adquirir cada cosa su lugar correspondiente.

Suspiró, aliviado.

—Eso está mejor...

Fue todo lo que dijo antes de desvanecerse.

CAPÍTULO X

La enfermera murmuró:

—¿Cómo se siente ahora, señor?

Mac Gee trató de averiguarlo.

—No lo sé —dijo—. Me parece que solo me queda la cabeza.

Ella sonrió. Tenía una sonrisa deliciosa y unos dientes muy blancos.

—No tardará en reponerse... le han practicado varias transfusiones de sangre y su organismo responde muy bien.

—Siempre ha sido un organismo muy educado. Oiga, ¿es usted realmente tan bonita, o estoy delirando todavía?

Ella rio...

Era realmente bonita.

—Sea un buen muchacho y trate de descansar ahora —recomendó, inclinándose sobre él para arreglarle el embozo de la cama.

—Descansaría mejor si se quedara usted aquí, relajándome...

—Si continúa así presentaré una queja a la dirección del hospital.

—Dígame una cosa, querida.

—¿Qué cosa?

—¿Hay algún polizone por las cercanías?

—¡Ya lo creo! Dos de uniforme custodiando esta habitación. Y otro de paisano paseándose como un papá primerizo por la sala de espera.

—Ese es Campbell... Dígale que venga, por favor.

—¿Cree que podrá soportar un interrogatorio? El doctor dijo que...

—El matasanos no sabe con quién se juega los cuartos, cariño. Tráigame a ese polizone y después podrá arrullarme todo lo que quiera.

La joven le miró con una leve sonrisa en los labios.

—Es usted genial —murmuró—. Le trajeron aquí medio muerto, con un espantoso cuchillo hundido en el costado... y todo lo que se le ocurre al recobrar el conocimiento es buscarle el punto flaco a su enfermera.

—De modo que tiene su punto flaco, ¿eh?

Ella se echó a reír y salió de la blanca habitación.

Instantes después, Campbell entraba, ceñudo y preocupado.

Mac Gee gruñó:

—Pensé que me traerías una caja de bombones... o una pinta de whisky por lo menos...

—Ojalá esa cuchillada hubiera metido un poco de sentido común en tu sesera.

—¿Qué pasó, Barry?

—Esperaba que tú lo supieras. ¿Viste al tipo que te hirió, por lo menos?

—Nones. Estaba demasiado lejos y el callejón era tan negro como tu conciencia.

—¿Quieres decir que te clavó el cuchillo desde lejos?

—Ajá. Fue toda una exhibición,

—Debió serlo. Te lo hundió hasta la empuñadura...

—Y el tipo estaba a quince o veinte pasos... Es como para pensar en esta habilidad. Bueno, ¿viste a Harmon?

—Sí. Lo hice en cuanto averigüé el número de aquella casa.

—¿Y qué dijo?

—Nada.

Mac Gee dio un respingo.

—Ya veo... ¿Muerto?

—¡Y de qué manera! Sin faltar mucho a la verdad, puede decirse que tu amigo Harmon estaba esparcido por toda la habitación.

—Entiendo.

—El fulano utilizó con Harmon el cuchillo que te lanzó... Pero no había huellas en él, muchacho. Hubiera sido demasiada suerte.

—¿Habéis encontrado a April Lowe?

—Todavía no. ¿Qué fue lo que ve hizo acudir a casa de Harmon a semejantes horas, Rudy?

Mac Gee suspiró.

—Pensé que podría presionarle un poco, valiéndome de mis conocimientos. Ya sabes... las planchas, y la supuesta muerte de la chica que él trató de visitar horas antes. Y si eso no hubiera servido...

—Comprendo. Le habrías presionado de otro modo.

—Esa era la idea.

—No puedo reprochártelo, porque es algo que me habría gustado hacer personalmente. Lástima que ese carnicero se te anticipara.

—¿Has hablado con el matasanos que me atendió?

—Seguro. Te pusieron un par de galones de sangra nueva por lo menos.

—¿Qué dijo sobre mi salida del hospital?

Campbell sonrió como un chacal.

—Por lo menos, en eso el doctor tiene ideas concretas. Vas a pasarte por lo menos una semana metido en esta cama.

Mac Gee dio un brinco.

—¡Con mil demonios una semana! Voy a largarme de aquí en cuanto pueda echar mano de mis ropas.

—No irías muy lejos con ellas. Estaban tías con la sangre seca cuando las llevaron al almacén.

—¡No voy a esperar una semana, polizonte! Tengo muchas cosas que hacer.

—Yo también, y podré hacerlas mucho mejor si tú estás fuera de circulación.

Campbell hizo un burlón gesto de despedida y se fue.

Mac Gee lanzó un juramento muy poco académico acerca de la capacidad del teniente. Luego oyó un altercado en el pasillo y aguzó el oído.

Una voz de mujer estaba diciéndoles a los policías todo lo que ella personalmente opinaba de sus dotes varoniles, de su caballerosidad y de la maldita falta que hacían allí, rascándose la barriga, cuando en la ciudad estaban cometiéndose toda clase de delitos a cada minuto.

Uno de los policías parecía tratar de replicarle, pero desde luego, su capacidad para hacerlo no rayaba a gran altura.

Luego, de pronto, la puerta se abrió violentamente. Desde la cama, Mac Gee distinguió un vigoroso forcejeo, un escote de vértigo y unas piernas largas, finas y de piel dorada.

Un policía salió rebotado y la ardorosa valquiria se coló en la habitación resoplando.

—¿Pensaban que podrían impedirme entrar? —estalló—. ¡Rudy, mi amor!

Mac Gee se sintió apresado entre unos brazos cálidos y duros.

Sobre él descendió una cabellera de seda y la voz de la mujer se convirtió en aliento que quemó sus labios en un estallido que no admitía dilaciones.

En la puerta aparecieron los dos guardias de vigilancia en el pasillo. Uno de ellos había perdido la gorra y en su mejilla había cuatro largos surcos sangrantes, dejados por las uñas afiladas de Virgie.

Ella apartó los labios lo suficiente para recobrar el aliento y suspiró:

—Vine en cuanto lo supe, querido...

Los dos policías llegaron trotando.

Mac Gee gruñó:

—¡Déjenla en paz! ¿No saben aún que es la medicina que me recetó el médico? Vuelvan a su puesto...

Los dos se detuvieron, perplejos.

El de la mejilla sangrante masculló:

—¡El teniente ordenó que no entrara nadie más que la enfermera y el médico...!

Mac Gee movió la cabeza con evidente pesar.

—No son ustedes muy brillantes que digamos. ¿No reconocen a una enfermera, aunque no lleve el uniforme? Vamos, vuelvan al pasillo y no interrumpen el tratamiento.

—Creo que avisaré al teniente —rezongó el guardia.

—Hágalo. Seguro que él le felicitará...

Cuando se cerró la puerta, Virgie susurró:

—Esperé que me llamasen... horas y horas.

—Estuve muy ocupado.

—Haciéndote matar, por lo que veo.

—No exageres.

Le besó furtivamente de nuevo.

Cuando el detective recobró el resuello indagó:

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Por Phil.

—¿Quién?

—El adorable, ¿recuerdas?

—Ahora sí. Lo que me sorprende es que lo supiera él —masculló, preocupado.

—No tiene nada de extraño. Phil lo leyó en los periódicos de la

noche.

Esta vez, Mac Gee dio tal brinco que quedó sentado en la cama.

—¡Maldita sea mi estampa! ¿De qué estás hablando, qué hora es?

Virgie le miró con ojo crítico.

—¿De veras te sientes bien, cariño?

—¡Dime la hora!

—Son más de las once de la noche.

La cabeza empezó a darle vueltas.

—De modo que estuve un día entero flotando en la nada...

¡Condenación! Necesito salir de aquí ahora mismo.

—No te dejarán... estás en tratamiento.

—Con que me trates tú de vez en cuando será suficiente.

Escucha, corazón; sé buena chica y busca un traje para mí. Las llaves de mi apartamento no pueden estar muy lejos... a menos que me hayan saqueado.

Apretó el timbre de llamada. Instantes después, la bonita enfermera asomó por la puerta.

Sorprendió a la ardorosa valquiria ocupada en otro amoroso forcejeo con el paciente y exclamó:

—¡Pero bueno! ¿Qué significa esto?

Mac Gee la miró de reojo.

—Necesito salir de aquí, preciosa.

—Olvídelo. Creí que estaba en «mi» punto flaco, no en el de todas las chicas que se le pusieran a tiro.

—Era solo un ensayo, palabra. Y ahora, ¿quiere, por favor, traerme mis cosas? Llevaba los bolsillos llenos cuando vine...

—Todo lo que llevaba encima está en ese armario, menos las ropas. Estaban perdidas de sangre.

—Necesito otras.

—Cuando el doctor le autorice a salir se las...

—¡Ahora, encanto!

Ella sacudió la cabeza.

—Esta noche no saldrá usted de aquí, señor Mac Gee. En todo caso, por la mañana podrá pedir autorización al doctor.

Él hizo una mueca.

—Muy bien.

La enfermera les miró sospechosamente. Luego, dándose por

vencida, salió de la habitación y cerró con excesiva violencia.

—Ya lo oíste, primor —dijo el detective—; en ese armario está todo. Busca las llaves, ve a mi apartamento y tráeme un equipo de emergencia para salir de aquí.

—No estoy muy segura de que eso sea lo mejor para ti...

—Te juro que si lo haces te amaré un poco más...

—¿Cuándo?

—No seas impaciente.

La «operación salida» no resultó todo lo bien que él había planeado, de modo que hasta las diez de la mañana siguiente no logró sus propósitos, aunque a costa de una virulenta filípica del médico, el cual le recomendó que la próxima vez se hiciera matar lo bastante lejos del hospital como para que fuera llevado a otro establecimiento sanitario.

De este modo, Mac Gee regresó a su apartamento, dulcemente escoltado por la radiante modelo llamada Virgie.

CAPÍTULO XI

La despampanante rubia del antedespacho sacudió la cabeza.

—Lo lamento, pero no puede usted ver al señor Sullivan en estos momentos... Está en una reunión.

—Oiga, primor... quizá no me entendió, a pesar de que creo que hablo buen inglés. Voy a ver a su jefe «ahora». No es nada difícil de comprender, ¿verdad?

Ella aspiró hondo, llena de indignación. La profunda aspiración hizo diabluras con el escote y la blusita y los ojos del detective naufragaron en aquellas profundidades.

—No vuelva a repetir eso —se quejó—. Acabo de salir del hospital y mis reflejos aún no son lo que debieran. ¿Quiere decirle a su patrón que estoy aquí, o tendré que violentar la puerta?

Ella se puso en pie.

—¡No lo intente, señor Mac Gee!

Él se encogió de hombros.

—Como quiera —dijo.

Echó a andar hacia las puertas del despacho de Sullivan.

Ella voló rodeando su mesa, pero cuando le alcanzó,

Mac Gee ya había empujado las puertas y estaba detenido sobre la mullida alfombra del fastuoso despacho.

Cinco rostros se volvieron a mirarle.

Él solo conocía el de Sullivan, así que le dijo:

—Es urgente, que hable con usted, señor Sullivan.

—¿Tan urgente como para esa demostración de grosería, señor Mac Gee?

—Un poco más aún.

Su voz seca rechinó en los oídos de todos. Hubo un silencio expectante.

Después, el financiero gruñó:

—Ya que interrumpió la reunión, nos tomaremos un pequeño descanso. Les llamaré dentro de unos minutos, señores. Muchas gracias.

Los cuatro acompañantes del financiero se dirigieron a la puerta. Sullivan exclamó de pronto:

—George... ¿Te importaría esperar un minuto?

Uno de ellos se detuvo cuando ya llegaba a la altura del detective.

Era un individuo alto, distinguido, y cuya apostura era capaz de hacerle destacar en cualquier parte como un hombre de clase superior.

Mac Gee se preguntó quién diablos sería el tal George.

La puerta se cerró detrás de los tres hombres y solo entonces Sullivan rezongó:

—Veamos qué es eso tan urgente, Mac Gee. ¿Encontró a Wanda?

—No, señor Sullivan.

El rostro del millonario se contrajo en una mueca.

—Se me antoja que ha tenido usted tiempo suficiente para realizar algún progreso.

—He realizado progresos, qué duda. Tantos, que incluso estuve a punto de hacerme matar por este maldito asunto.

Sullivan se sobresaltó.

—No comprendo... ¿Quiere decir que le atacaron?

—Me hundieron un cuchillo en las costillas. Llevo el cuerpo rígido como una tabla a causa de los vendajes elásticos. Pero yo no vine a hablar de mis desventuras...

El hombre elegante llamado George intervino.

—¿Te molestaría decirme qué significa todo esto, Arden?

Sullivan pareció advertir su presencia por primera vez.

—Es cierto que no sabes nada de Mac Gee... Es un detective privado que contraté para localizar a Wanda, mi esposa. Mac Gee, George Hayden es mi mano derecha en el negocio... Un asesor financiero de excepcional valía.

El detective estrechó la mano que el asesor le tendía. Luego, ceñudo, espetó secamente:

—He venido para aclarar algunos puntos, señor Sullivan. Usted me aseguró que solo deseaba localizar a su esposa para divorciarse de ella y casarse con otra mujer...

—Eso fue lo que le dije.

—Pero mintió.

George Hayden dio un respingo.

—¿Cómo se atreve...?

—¡Cierre la boca! —estalló Mac Gee—. Hay otras gentes buscando a Wanda Sullivan. Y no la buscan para ningún divorcio.

Han asesinado por lo menos a tres o cuatro mujeres y un hombre para poder seguir la pista de Wanda. Cada víctima era el eslabón que llevaba al asesino más cerca de su esposa, señor Sullivan. Y el hijo de perra no se anda por las ramas. Con cada asesinato ha querido asegurarse de que ni yo ni nadie podría servirse de las informaciones que pudieran facilitar las víctimas. Aparte de dar rienda suelta a sus sangrientos instintos, por supuesto.

Sullivan se había quedado rígido, boquiabierto,

Al fin balbuceó:

—Es inconcebible, Mac Gee... debe haber algún error en todo esto...

—No lo hay. Y usted lo sabe perfectamente, porque el motivo de que trate de localizar a su mujer después de todos estos años no es el que me soltó para que aceptase el trabajo. Y si he de jugarme la cabeza quiero saber por lo menos la razón de ello.

Hayden saltó de nuevo.

—¡No debes consentirle que hable en ese tono, Arden!

Arden Sullivan parecía aturdido.

—Nunca pensé que se llegase a verter sangre... —musito como si hablara para sí.

—¿Quieres que lo eche fuera de aquí?

Mac Gee se volvió belicosamente.

—Inténtelo y saldrá por la ventana, Hayden, o como se llame. Ya me cansé de jugar a ciegas. ¿Qué decide usted, señor Sullivan? O habla con sinceridad o desde este mismo momento dejo el asunto.

De nuevo, Hayden se disponía a meter baza, cuando el millonario le obligó a callar con un gesto imperioso.

—Creo que está en su derecho, Mac Gee —dijo, sentándose en su sillón basculante.

—Ya puede jurarlo.

—Le mentí en lo del divorcio. No es ese el motivo por el cual deseaba saber dónde se oculta mi mujer...

—¿Se oculta?

—Cierto.

—Bien, veamos primero el motivo.

Hayden dio un paso hacia la mesa.

—Cuidado, Arden —advirtió—. No sabes nada de este hombre, y si hace mal uso de lo que le reveles...

—Tengo informes de Mac Gee, George. Además, me parece que a estas alturas no tengo opción. ¡Dios! ¿Cómo iba a suponer que alguien llegaría a matar a causa de esto?

—¿De qué, señor Sullivan?

Este se cubrió los ojos con las manos un instante, como si deseara concentrarse en lo que iba a decir.

Y finalmente lo dijo.

—Dinero falso, Mac Gee... Una falsificación perfecta. Y mi mujer está involucrada en algo tan sucio.

—¿De qué modo, y cómo sabe usted lo del dinero falso?

—Es muy sencillo, Mac Gee. Wanda me visitó hace como cinco o seis meses. Supo engatusarme, valiéndose del ascendiente de los chicos. Dijo que por ellos deseaba invertir algún dinero en valores sólidos al portador. En realidad, invirtió cien mil dólares. Yo realicé la operación, entregándole excelentes valores a cambio de sus cien mil dólares. No supe que eran falsos hasta unos días después, cuando ella misma me llamó por teléfono.

Perplejo, el detective gruñó:

—¿Ella misma le dijo que era dinero falso?

—Así fue. Por teléfono... Dijo que la compra de esos valores había sido solo un ensayo para averiguar hasta qué punto el dinero falsificado podía engañar a gente experta. Se dio el gusto de burlarse de mí y luego me advirtió que si trataba de denunciarla, o de utilizar el dinero falso, quienes pagarían las consecuencias serían mis propios hijos, puesto que así lo había dispuesto ella. Finalmente, dijo que tan pronto empezasen a fabricar billetes en grandes cantidades volvería a tener noticias suyas.

—¿Y las tuvo?

—Sí.

Hay den se removió, inquieto.

—Opino que estás confiando demasiado en ese hombre, Arden —refunfuñó.

—No tengo otro camino, George.

—¿Cómo sabes que no te traicionará?

Mac Gee dijo, iracundo:

—No puede saberlo. Pero si no confía en mí se queda sin mi colaboración, así que...

—Volvió a llamarme por teléfono hace un par de semanas —dijo

Sullivan, cortando la discusión—. Me aseguré que lo tenía todo dispuesto y que pronto dispondría de decenas de millones en billetes falsos. Parte de ese dinero debería ponerlo yo en circulación valiéndome de mis negocios. Si no lo hacía así los chicos pagarían las consecuencias, tal como me había amenazado la otra vez.

—Ya veo. ¿Qué respondió usted?

—Nada concreto, en parte porque ella estaba tan segura de sí misma que no me dejó mucho tiempo para replicar.

—Se trataba de billetes de diez y veinte dólares. ¿No es así, señor Sullivan?

Este dio tal salto que quedó de pie, apoyado en la mesa.

—¿Cómo lo sabe, Mac Gee, cómo es posible que...?

—He trabajado duro estos días, ¿sabe usted? Aparte de ganarme una cuchillada recorrí mucho camino...

—Pero lo de la falsificación...

—Lo supe cuando encontré dos de las planchas. Y hay que quitarse el sombrero ante el artista que las grabó... Son una obra maestra.

Tanto Sullivan como Hayden se quedaron sin voz.

El asesor fue el primero en recobrarla. Balbuceó:

—¿Usted... usted tiene dos planchas de moneda falsa?

—Las tiene la policía. O los agentes del Tesoro. Pero hay algo muy curioso en este asunto... las dos planchas son de un billete distinto, ¿comprenden? Una cara de diez dólares, y una cara de veinte. O sea, que quien sea que tiene ahora las otras dos, no le sirven para maldita la cosa.

Sullivan no podía salir de su estupor.

Hayden estaba pálido y emocionado.

—¡Es increíble! —exclamó—. ¿Dónde las encontró usted?

Mac Gee no respondió. Miraba fijamente a su cliente, y de pronto le espetó:

—Señor Sullivan... ¿Qué se propone hacer cuando localice a Wanda?

El millonario se encogió de hombros.

—Mi intención era tratar de hacerla entrar en razón. Si no lo conseguía estaba dispuesto a recurrir a las autoridades.

—¿A riesgo de hundir a sus propios hijos?

—Tengo la esperanza de que todo lo concerniente a ellos no sea

más que una bravata de Wanda para mantenerme sujeto.

Mac Gee sacudió la cabeza.

—Sigue habiendo algo que no encaja en este embrollo —masculló entre dientes—. Dígame una cosa, señor Sullivan... ¿Qué espera que haga yo, si encuentro a su esposa? Tenga en cuenta que ahora hay varios asesinatos de por medio, además de una falsificación de moneda.

—Deseo que me informe a mí primero.

—¿Y después de informarle?

—Solo deme tiempo para hablar con ella. Quiero amparar la posición de los chicos antes de hacer nada.

Mac Gee titubeó. Seguía sin gustarle el giro de los acontecimientos.

—Mi deber sería informar inmediatamente a la policía —gruñó, disgustado.

—Podrá hacerlo cuando yo haya parlamentado con Wanda.

—De acuerdo. Trataré de complacerle.

—Hágalo, Mac Gee, y no tendrá queja de mi generosidad. Sabré compensarle adecuadamente.

—No le he pedido nada... todavía. Creo que eso es todo, señor Sullivan, excepto que la policía está presionándome para que les facilite una entrevista con usted

—Eso sí puede ser arriesgado...

—No lo será si se atiene usted a la historia primitiva.

—¿Usted cree...?

—De cualquier modo, no podrá eludir al teniente Campbell mucho tiempo más. Él sabe perfectamente que esas mujeres fueron asesinadas por un engendro que anda detrás de las huellas de Wanda.

—Comprendo... Dígale que le recibiré esta tarde... O mejor mañana por la tarde, así ganamos tiempo. Y gracias por su colaboración, Mac Gee.

—No me las dé. Pagará usted buen dinero por esa colaboración.

Saludó con una inclinación de cabeza a George Hayden y abandonó el despacho.

Fuera, la rutilante secretaria rubia le fulminó con una mirada asesina.

—Lo que usted ha hecho podría costarme el empleo, señor

entrometido.

—No lo creo. Pero si me da su número de teléfono y se queda sin empleo, yo podría hacer algo por usted, ¿sabe?

—¿Como qué, por ejemplo?

—¿De veras necesita que se lo deletree?

Ella sonrió al fin.

—Creo que no. Pero mi teléfono sigue siendo secreto de Estado.

—Oiga... ¿No será que reserva su virtud para el patrón? Es un buen tipo, digo yo...

—Tal vez...

El detective movió la cabeza, pesaroso.

—Si seguimos viéndonos espero hacerla variar de opinión.

La rubia le sonrió seductoramente, pero eso fue todo lo que obtuvo.

Se consoló pensando que Virgie, su apasionada amazona, no tenía nada que envidiar a esa diosa rubia.

Después, cuando llegó a su coche, olvidó a las mujeres para concentrarse en su problema.

Un problema que, de cualquier modo, era también una mujer.

CAPÍTULO XII

Phil Morley apartó la cara de la cámara y le miró con evidente disgusto.

—Lamento que tome por costumbre interrumpir cuando estoy trabajando, Mac Gee —dijo, con su voz aflautada.

El detective apenas si le oyó. Toda su capacidad de atención se centraba en Virgie, bañada por una cascada de luces que acariciaban su cuerpo.

La luz era casi todo lo que llevaba encima.

—¿Qué diantre significa esta escena, cariño? —indagó interesado.

Virgie estaba reclinada en un antiguo diván tapizado con terciopelo rojo. Una cortina del mismo material cerraba la escena, y en medio del color de la sangre el cuerpo adorable de la muchacha resaltaba como un costoso diamante en su estuche.

—Pregúntale a Phil... si es que él lo sabe.

—La sensibilidad de ninguno de ustedes es lo bastante aguzada para comprender mi arte. ¿Qué quiere esta vez, polizante?

—Podría decirle que admirar ese bello cuadro... pero la verdad es que quiero que identifique a un tipo.

—Estoy ocupadísimo. Necesito terminar las poses de Virgie para mañana y...

—Solo échele un vistazo a una fotografía. Eso no le robará mucho tiempo, digo yo.

Le puso la fotografía de Bill Harmon ante las narices y preguntó:

—¿Fue ese hombre quien le pagó cinco dólares por sus informes sobre Wanda?

—Desde luego que no.

Mac Gee vio cerrarse otro posible camino.

—¿Está seguro?

Virgie terció:

—Yo también le vi, cariño.

Le mostró la foto del difunto Harmon. No titubeó en absoluto.

—Phil tiene razón, querido. No es ese el hombre que estuvo aquí preguntando sobre Wanda Sullivan.

—Era esperar demasiado de mi buena estrella. ¿Terminarás

pronto, nena, o el adorable no se ha inspirado todavía?

Phil suspiró resignadamente.

—Desde que Virgie tiene tratos con usted, necesito mucho más tiempo de preparación y maquillaje, para ocultar las huellas de sus manazas en su piel.

—Le juro que la trato con guante blanco. Oiga, dispare esa placa y déjela salir. Para comer juntos, Phil, no vaya a pensar otra cosa.

—¡Oiga, Mac Gee! Le pago a esa chica un montón de dinero todos los días para que pose para mí. Quiero sacarle jugo a mi dinero, así que lárguese y déjeme trabajar en paz.

Virgie se echó a reír.

—Él tiene razón, querido. Más vale que nos dejes trabajar y vengas a buscarme alrededor de las siete de la tarde. ¿Sí?

—Qué remedio...

Le tiró un beso y se fue, dejando al fotógrafo rezongando sobre sus intolerables intrusiones...

* * *

El Consejo Estatal de Enseñanza estaba ubicado en un edificio blanco, rodeado de arbolado, muy cerca de Mack Arthur Park. Mac Gee no abrigaba muchas esperanzas de éxito por ese lado, pero se llevó la mayor sorpresa cuando la joven y pizpireta empleada regresó con un pedazo de papel en la mano y anunciándole:

—Ha tenido usted suerte, señor. Paul Sullivan está cursando estudios oficiales en Trinity School. Se le abrió expediente académico el curso pasado.

—¡Magnífico! ¿Puede facilitarme también su dirección?

—Por supuesto, aquí la tiene —dijo, tendiéndole el papel—. Y ahora, ¿me dirá por qué busca usted a ese chico?

—Busco a su madre, linda.

Ella enarcó las cejas.

—No sé si he obrado correctamente en este caso...

—Puede tranquilizar su conciencia. Estoy locamente enamorado de la madre de ese chico, pero ella no me corresponde, ¿sabe usted?

La muchacha se echó a reír.

—Ese embuste quiere decir que no debo hacer preguntas. ¿Me equivoco?

—Yo diría que no. Le repito las gracias, preciosa.

Salió tan aprisa como si le persiguieran. Al fin parecía que la suerte estaba dispuesta a echarle una mano.

Solo que su entusiasmo se enfrió cuando llamó a la puerta del reducido bungalow cuya dirección le facilitara la pizpireta muchacha.

La mujer que acudió a abrir tendría alrededor de treinta años, lucía una cabellera platinada y a pesar de que podía alardear de curvas suficientes para provocar un colapso en la circulación, no se parecía ni remotamente a la mujer cuya fotografía le diera Sullivan.

Mac Gee ocultó su desencanto y preguntó:

—¿Vive usted aquí, señora?

—Por supuesto... ¿Qué es lo que vende usted?

—No voy a endosarle ningún trasto que después tenga usted que tirar a un rincón. Busco a Wanda Sullivan. Creí que vivía aquí.

Ella sacudió la cabeza.

—Vivía aquí —rectificó—. Se mudó hace algún tiempo.

—¿Sabe usted adónde?

—Aunque lo supiera, no veo la razón por la cual debería decírselo a usted.

—Yo puedo darle algunas razones de peso, si me permite entrar y hablar con usted.

—Está hablando conmigo, ahora.

—Muy bien, si lo quiere así. Imagino que usted ama la vida, ¿no es cierto?

Ella le miró, perpleja.

—¿Qué diablos quiere decir con eso?

—Es muy sencillo. Hasta ahora, cuatro mujeres que podían haber sabido el paradero de Wanda han sido bárbaramente asesinadas. Solo porque el asesino quería las pistas de Wanda que ellas podían facilitarle, pero no estaba dispuesto a que se las dieran a conocer a nadie más. Si ese matarife descubre que usted está en las mismas condiciones, todas sus hermosas curvas se convertirán en algo muy desagradable.

Ella palideció.

—¿Se refiere a esos crímenes de un sádico de que hablan los periódicos?

—Ciertamente.

—¡Dios! ¿Y cómo sé que no es usted...?

Hizo ademán de cerrar la puerta precipitadamente. Mac Gee introdujo un pie por la rendija y empujó, impidiéndolo.

—¡Espere un minuto, hermana! Soy detective privado y todo lo que estoy tratando de hacer es salvar a la propia Wanda... y a sus hijos.

—Puede estar mintiendo...

—Y también puedo ser un marciano. Deme usted la oportunidad de demostrárselo y luego decida. Puede llamar a la policía si lo desea, para verificar mi personalidad. El teniente Campbell lleva el caso y es amigo mío. ¿Qué más garantías desea usted?

Aturdida, la rubia titubeó, dándole tiempo a que la mostrara sus credenciales. Las examinó detenidamente. Luego, se relajó.

—Parece que son genuinas... Entre.

Él la siguió al interior y aceptó acomodarse en una silla, mientras la mujer le examinaba ahora con ojos entrecerrados, llenos de preocupación.

—¿Y bien? —murmuró.

—Dígame dónde puedo encontrar a Wanda, eso es todo. Si el asesino da con ella primero, nada podrá salvarla.

—¿Y qué pasará si ese demonio de que hablan los periódicos da conmigo primero?

—Eso puede arreglarse. Usted se ocultará hasta que yo haya hablado con Wanda. Pasado el peligro, nada le impedirá regresar aquí. Me ocuparé de buscarle un lugar seguro.

Ella aún titubeó. Ahora, Mac Gee podía ver el miedo creciente en sus ojos.

—Creo que aceptaré su proposición...

—Entonces, adelante, hable.

Tras unos instantes de silencio, ella empezó:

—Wanda vivía aquí hasta hace poco tiempo. Sus hijos estaban internos en la escuela y solo los veía los fines de semana. De pronto, todo cambió...

—¿Por qué?

—Nunca se sinceró conmigo, a pesar de que éramos amigas. Por ejemplo... supe que tenía un apartamento en la ciudad, a pesar de que jamás me habló de él. Yo supuse que era a causa de sus relaciones con un hombre...

—¿Qué hombre?

—Se llama Harmon... Bill Harmon.

—Lo suponía... Hermana, usted está atrasada de noticias. Bill Harmon fue asesinado también.

La mujer dio un respingo.

—¡Cielo santo!

—Continúe. No disponemos de mucho tiempo.

—Sí... Wanda rompió con Harmon. No sé qué sucedió con el apartamento de la ciudad, pero se refugió aquí por un tiempo, hasta que un día, apenas sin despedirse, desapareció. Más tarde supe que había sacado a sus hijos del colegio. Y al fin, me llamó por teléfono...

—¿Y...?

—Me dio unas señas, para que le pudiera mandar cualquier carta que llegase para ella, o pudiera informarla si la buscaban.

—Esas señas es todo lo que yo necesito.

—Calver Place, nueve. Eso corresponde a Santa Mónica.

Mac Gee no pudo contener un suspiro de alivio.

—Recoja lo más imprescindible para pasar unos días —dijo resueltamente—. La llevaré a un hotel, donde se inscribirá con nombre supuesto. Yo me ocuparé también de que sean abonados los gastos por mi cliente y de este modo estará segura.

—¿Cree usted que es «verdaderamente» necesario?

—Lo es si quiere usted seguir viviendo.

Ella asintió y empezó a moverse.

CAPÍTULO XIII

Estaba regando el pequeño jardín como una laboriosa ama de casa.

Un poco más allá, un chico de ocho o nueve años, discutía con una muchachita de no más de seis respecto a la propiedad de cierto libro. No parecían dispuestos a llegar a un arreglo pacífico del problema.

Mac Gee abrió la puerta de la verja y avanzó por el caminito de losas de piedra, hasta que la mujer le descubrió.

La vio ponerse terriblemente rígida. Sus bellas facciones se descompusieron por el pánico y lanzó una desesperada mirada hacia sus hijos.

El detective gruñó:

—No empiece a alborotar, Wanda. Soy un amigo. Por lo menos de momento.

—¿Quién... quién es usted?

—Me llamo Mac Gee. Detective privado. He venido para escuchar una historia, y créame si le digo que deseo que sea convincente.

—No... no comprendo...

Los dos hijos de la hermosa mujer habían olvidado su discusión y ahora estaban pendientes de ellos.

Mac Gee dijo:

—¿Podríamos hablar en privado, señora Sullivan?

Ella comprendió que esta vez no tenía escapatoria. Había algo en ese hombre que le hablaba que le arrebatara la seguridad que siempre había tenido en sí misma, algo imperioso, inquietante, tal vez producido por su fría determinación.

—Está bien... déjeme tranquilizarlos y entraremos en la casa.

—Me parece bien.

La siguió con la mirada cuando fue a parlamentar con sus hijos. Después, ella le hizo una seña y el detective la siguió al interior de la pequeña vivienda.

Entonces, Mac Gee le espetó:

—Creo que no es necesario andarse con rodeos, señora Sullivan...

—Llámeme Wanda. Detesto que me recuerden que aún soy la esposa de un hombre como él.

—Muy bien, Wanda. Usted y yo sabemos todo lo relativo a la falsificación. Personalmente, creo que posee usted dos de las planchas. ¿Es así?

Ella asintió.

—Sí —susurró—. Se las quité a Bill... A Harmon, cuando decidí arriesgarme a romper con la sórdida vida que él me había empujado a llevar...

—Cuéntemelo.

—¿Y después, qué sucederá?

—Lo decidiré cuando la haya escuchado.

—Me entregará a la policía, naturalmente.

—Tal vez —reconoció él—, pero eso será preferible a que caiga en manos de un asesino que le sigue las huellas y que ya ha matado varias veces.

—Lo sé... he leído los periódicos. He vivido sobre un volcán desde que empezó todo esto.

—¿Cómo empezó, realmente?

Ella suspiró.

—Harmon lo organizó por su cuenta. Consiguió unas planchas perfectas y fabricó algo más de cien mil dólares de prueba, con ayuda de un impresor amigo suyo... Entonces fue cuando me obligó a entrar en él juego, amenazándome con matar a mis hijos si no le obedecía. Todo lo que yo tenía que hacer era recurrir a mi marido y endosarle el dinero falso. Dijo que era solo un tanteo, una operación destinada a comprobar si los billetes estaban tan bien falsificados como parecía a primera vista. Incluso me dictó palabra por palabra lo que yo debía decirle a Arden...

—Comprendo. Siga.

—Todo salió bien... Arden, mi marido, aceptó el dinero como bueno a cambio de sólidos valores al portador que Harmon se embolsó. Después, hizo que llamara a Sullivan nuevamente diciéndole que era dinero falso, y que si deseaba la seguridad de sus hijos, debería ayudarme a pasar mucho más cuando estuviera preparado... Fue entonces cuando decidí arriesgarme y huir, y cuando lo hice me llevé las planchas conmigo. Eran como un seguro de vida, según pensé... Fue una terrible equivocación.

—Y tan terrible...

—Él me buscó. Lo supe inmediatamente. Cedí mi apartamento y todos mis ahorros a una chica para que ocupara mi puesto y tratara de convencer a todo el que preguntase por mí de que había abandonado la ciudad. ¡Oh, es horrible!

Se cubrió la cara con las manos, sollozando.

—Usted le dio once mil dólares, ¿no es cierto?

—¿Lo sabe...?

—Los encontró la policía. Ella no los había ingresado aún.

—Y fue asesinada... por mi causa,

—Sí, pero no por Harmon, que era quien estaba buscándola a usted. Surgió otro hombre... un sádico maldito que no se detiene ante nada. ¿Sabe usted quién puede ser?

—No... imposible saberlo. He tratado de adivinarlo en todo este tiempo, pero no he conseguido nada. Harmon era el único que estaba enterado de todo... y quien podía tener interés en localizarme para recuperar sus planchas.

—Harmon fue víctima también de ese misterioso fantasma sediento de sangre. ¿Tiene usted las planchas aquí?

—Sí...

—Muy bien, va a venir conmigo para entregarlas personalmente a la policía. Lleve a sus hijos. Demostrando que obró bajo amenaza de muerte contra los chicos, no la detendrán. Es más, quedará bajo su protección de inmediato.

Ella titubeó.

—¿Y si a pesar de todo me detienen, Mac Gee?

—Le repito que no creo que lo hagan. Pero incluso así, sería mucho más seguro que continuar bajo el filo del hacha. Igual que la he localizado yo, puede encontrarla ese engendro y entonces...

—Ya veo. Iré con usted.

—Hay otra razón para que lo haga —remachó él—. Si el asesino se entera de que las dos planchas y usted están en manos de la policía cesará en su sangrienta carrera de crímenes. Será solo cuestión de tiempo el que echen el guante, pero usted ya no tendrá nada que temer.

Ella asintió, levantándose. Salió para llamar a sus hijos, y quince minutos más tarde rodaban en el coche del detective rumbo a la oficina central de policía.

Virgie eligió el menú y luego se echó adelante, por encima de la mesa.

—Tenemos toda la noche y todo el día de mañana para nosotros, Rudy, querido —susurró.

Él apartó la mirada con dificultad del escandaloso escote que se hundía hasta profundidades de vértigo y gruñó:

—No estoy muy seguro de que esto sea lo más acertado... El matasanos del hospital dijo que yo necesitaba cuidados y descanso.

—Descanso, quizá no, pero cuidados ya puedes jurar que los tendrás... ¡Oh, cariño! No estropees la noche.

—¿Quién la estropea? Fui a buscarte a la hora convenida. Eso debería convencerte de que solo pienso en ti.

—A veces tengo mis dudas, no creas...

A su alrededor, las conversaciones eran como un mosconeo perezoso, en el ambiente del costoso restaurante, elegido por Mac Gee para celebrar el fin del caso.

De pronto, vio a Virgie ponerse rígida, con la mirada fija en un punto situado tras él.

—¿Qué te pasa ahora, has visto al adorable acaso?

—Rudy...

—¿Sí, nena?

—Ese hombre... es el que pagó cinco dólares a Phil por sus informes sobre Wanda.

Con un terrible esfuerzo, Mac Gee contuvo su instinto de volverse en redondo. Antes de hacerlo murmuró:

—¿Estás segura?

—Completamente. Me impresionó por su elegancia entonces...

Sin volverse aún, él indagó:

—¿Qué hace ahora?

—Está sentándose... tenía la mesa reservada... con servicio para dos personas...

—Deja de mirarle. Él también puede reconocerte si se fija en ti...

Esperó unos instantes antes de volverse. Y cuando lo hizo, fue un movimiento aparentemente casual, como si buscara el camarero, por ejemplo.

Solo que todo su disimulo se fue al traste cuando sus ojos cayeron sobre el individuo que ella había identificado.

Fue algo superior a sus fuerzas, a su entrenamiento profesional.

Dio un salto y la silla salió disparada hacia atrás con estrépito, con lo cual atrajo la atención de la mayoría de clientes.

Entre ellos, del individuo en cuestión, por supuesto.

Mac Gee le vio apretar los labios hasta que formaron una fina y dura línea. Después, sonrió, empezando a levantarse.

El detective se puso en marcha hacia él.

—Hola... ¿Acostumbra frecuentar este lugar, señor detective?

Su voz seguía siendo culta, educada y burlona.

—De vez en cuando —dijo Mac Gee—. No esperaba verle a usted esta noche, Hayden. Se llama usted. Hayden, ¿no es cierto?

—George Hayden... Sullivan nos presentó, si es que también lo ha olvidado.

—Mi memoria es pésima. Espero que la suya sea mucho mejor, Hayden, porque quiero presentarle a alguien muy especial.

—¿De veras?

El detective hizo una seña a Virgie, sin apartar sus ojos de halcón de la cara del socio de Sullivan.

Y de pronto le vio palidecer, y después una oleada de sangre inundó sus mejillas, y en los ojos grises relampagueó una expresión que le produjo escalofríos.

Virgie llegó junto a la mesa. No sabía muy bien qué podía suceder, pero murmuró:

—Hola, ¿se acuerda usted de mí?

—Temo... temo que exista un error...

—No hay ningún error, Hayden. Si Virgie no fuera suficiente para condenarle, el fotógrafo a quien pagó usted cinco dólares le recordaría también. ¡Cuidado! —le advirtió al ver el brusco movimiento del otro—. Ahora no tiene usted su condenado cuchillo, así que estese quieto mientras Virgie va a llamar a la policía. ¿Oíste, querida?

Ella asintió y se alejó, presurosa.

Hayden se descomponía por instantes.

—Va a cometer el mayor error de su vida —masculló fuera de sí—. No tiene nada contra mí...

—Ya lo tendré... o lo tendrá la policía en cuanto empiece a

escarbar. ¡Maldito bastardo! ¿Cómo pudo cometer todas esas salvajadas, un hombre culto como usted?

—¡Cállese!

—Está loco... completamente loco, Hayden, ¿no es cierto? Tal vez es algo que le afectó en su infancia, como dicen ahora los reductores de cabezas. ¿Qué fue, una sirvienta le azotó el trasero cuando era niño?

Hayden se levantó de un brinco.

—¡Cállese, maldito!

Todo el mundo se volvió. Él miró a su alrededor con los ojos amenazando con salirse de las órbitas.

Y de repente, el rostro crispado, temblándole los labios, de los que empezó a deslizarse un hilillo de saliva, empujó la mesa contra Mac Gee al tiempo que saltaba hacia atrás llevándose la mano al bolsillo posterior del pantalón.

Mac Gee cayó bajo el impacto de la mesa. Sonó un disparo y la bala arrancó esquirlas a las baldosas, junto a su cara.

Rodó locamente sobre sí mismo, en medio de un pandemonium de alaridos y carreras, de sillas volcadas y vajilla hecha añicos...

Logró empuñar su propio «38» y desde el suelo le mandó una bala a Hayden.

Mac Gee acudía una vez por semana al túnel de tiro de la policía, en compañía de Campbell. Quiere decirse que era un tirador endiabladamente bueno.

Hayden era excelente con el cuchillo, pero una nulidad con un arma de fuego.

Así que recibió el plomo en la barriga y se dobló, rugiendo.

Ahora era una imagen espantosa, preso en una crisis demencial que le convertía en una bestia incapaz de razonar.

Luchó salvajemente aún, a pesar de llevar una pesada bala en las entrañas. Levantó su pistola, emitiendo sordos gruñidos.

Mac Gee disparó otra vez, y lo hizo con toda la calma de que fue capaz. La bala pegó a Hayden en medio de la cara y le empujó hacia atrás, acabando de una vez por todas con aquella pesadilla.

—¡Rudy!

Se volvió. Virgie acudía como una amazona lanzada al combate.

—¿Estás bien, cariño?

Le abrazó, zarandeándole entre sus brazos,

—¡Despacio, nena, o tendrán que llevarme otra vez al hospital! ¿Llamaste a los polizontes?

—Sí... vienen hacia aquí. Pero tú, ¿estás herido?

—Antes de que me zarandearas, no. Ahora ya no estoy seguro.

Ella miró al hombre caído, a aquel rostro ahora destrozado por el plomo.

Suspirando, dijo:

—Y pensar que me impresionó... tan correcto y con su manera de hablar... y ha podido matarte.

Volvió a abrazar a Mac Gee histéricamente. Él la besó, pensando quizá que así ella se calmaría.

Quizá se calmó, realmente, porque seguían apretadamente abrazados cuando llegaron los primeros policías.

* * *

Campbell encendió otro cigarrillo. El restaurante estaba ahora vacío, a excepción de los policías, fotógrafos, algún enfurruñado camarero, y Virgie, que aguardaba sentada en un alto taburete junto a la barra.

—Reconozco que ese bastardo habría quedado impune de no mediar la suerte —dijo el teniente—. ¿Cómo íbamos a sospechar del propio socio de Sullivan? Pero te repito que eres un tirador infame, Mac Gee.

—Vete al infierno.

—Un buen tirador le hubiera herido solamente, desarmándole para que fuera detenido y juzgado.

—Y para que media docena de reductores de cabezas sedientos de ver sus nombres en los periódicos, hubieran soltado todo un curso de psiquiatría barata para encerrarlo una temporada en un cómodo sanatorio, ¿eh?

—Bueno, el tipo estaba loco, de modo que...

—Campbell, ¿sabes qué pensaba mientras apretaba el gatillo y mandaba a ese engendro al infierno?

—Dímelo, aunque puedo adivinarlo.

—Pensaba en todas esas muchachas despedazadas... en la manera como las mató. Y te juro que no lamento haberlo tumbado. ¿Cuánto tiempo habrían podido mantenerlo encerrado, has pensado

tú en eso?

El policía se encogió de hombros.

—Prefiero no pensarlo, ahora ya no tiene objeto. El tipo está muerto, Sullivan libre de problemas y su mujer también... ¿Cuánto vas a embolsarte esta vez, fisgón?

Mac Gee le enseñó los dientes en una gran sonrisa.

—No esperes que lo declare. ¿Olvidas que suelo pelearme cada año con los del fisco?

Le dejó refunfuñando y se encaminó a la barra. Tomó el vaso que Virgie no había tocado aún, lo vació de un trago, y propuso:

—¿Qué tal si nos largamos de aquí, ángel? Ya es hora de que empieces a cuidar de mí.

Ella sonrió. Tenía el maquillaje de los labios corrido lamentablemente.

—Haré que ingreses en el hospital otra vez... medio muerto.

La besó fugazmente.

—Correré ese riesgo.

Le rodeó la cintura con el brazo y la llevó rumbo a la salida casi corriendo.

Cuando el teniente se dio cuenta, ambos se habían esfumado.

Y pensó una vez más que debiera haberse establecido como detective privado... para obtener ciertas compensaciones en forma de amazona apasionada.

Luego, se sumergió en la rutina de su trabajo.

En lugar de una amazona apasionada, Campbell hubo de conformarse con un sucio cadáver...

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España